

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS



POLICIACO

**SALVAJES
CIVILIZADOS**

***Ray
Lester***



El tren partió de nuevo dejándolo en el solitario andén. Gradualmente el convoy fue adquiriendo velocidad perdiéndose en la noche. Cuando las luces del furgón de cola estaban a más de un kilómetro de distancia, Cisco Martínez paseó una somnolienta mirada por lo que era la estación ferroviaria de Pico Alto.

Le pareció bien poca cosa.

El gran reloj colgado sobre la puerta que conducía a las dependencias de la estación marcaba las doce y diez minutos de la noche. En realidad no era extraño que no hubiese nadie por allí. Y más teniendo en cuenta que sólo él había descendido del tren en Pico Alto.



Ray Lester

Salvajes civilizados

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1763

ePub r1.0

Lds 10.03.19

Título original: *Salvajes civilizados*

Ray Lester, 1984

Cubierta: García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



Bien venido de nuevo a casa, hijo.

RAY LESTER

CAPÍTULO PRIMERO

El tren partió de nuevo dejándolo en el solitario andén. Gradualmente el convoy fue adquiriendo velocidad perdiéndose en la noche. Cuando las luces del furgón de cola estaban a más de un kilómetro de distancia, Cisco Martínez paseó una somnolienta mirada por lo que era la estación ferroviaria de Pico Alto.

Le pareció bien poca cosa.

El gran reloj colgado sobre la puerta que conducía a las dependencias de la estación marcaba las doce y diez minutos de la noche. En realidad no era extraño que no hubiese nadie por allí. Y más teniendo en cuenta que sólo él había descendido del tren en Pico Alto.

A Cisco Martínez no lo tenía que esperar nadie en la pequeña ciudad de Nuevo México.

Al parecer, la estación estaba ubicada en las afueras de la ciudad y las primeras casas empezaban después del edificio contiguo a las vías del tren. Al otro lado del tendido férreo no había nada; sólo oscuridad y algunos grillos rompiendo el silencio de la noche.

El andén aparecía solitario, silencioso y hasta poco iluminado, posiblemente para ahorrar energía. Cisco Martínez observó que incluso había desaparecido el empleado que estuvo allí unos instantes mientras el tren permaneció detenido para que él descendiera.

Nadie a la vista, sólo silencio y penumbras.

Martínez encogió los hombros displicentemente y recogió del suelo la bolsa de lona que constituía su único equipaje, echando a andar en dirección a la salida del andén. Debía ir a la ciudad y buscar una fonda o un hotel donde pasar el resto de la noche.

Al salir del andén y rodear el edificio de la estación, se encontró

frente a una larga calle que debía llevar al centro de la ciudad.

Entre las pocas casas construidas se vislumbraban espacios verdes.

La calle estaba poco iluminada; parecía una obsesión de los habitantes de Pico Alto el ahorro de energía.

De pronto descubrió Cisco Martínez que la calle no estaba tan solitaria como él creyó en principio. Mientras avanzaba por la acera vio a dos hombres apoyados en uno de los coches estacionados junto a las aceras.

Eran dos individuos de buena envergadura, y Martínez observó que fumaban charlando tranquilamente en voz demasiado alta. Siguió su camino dispuesto a saludarlos y preguntarles por un hotel recomendable para pasar la noche.

Pero no llegó a saludarlos.

Cuando iba llegando al coche donde estaban apoyados, uno de ellos se despegó del vehículo situándose en el centro de la acera. Justo por donde debía pasar Martínez.

—¡Eh, tú, ven aquí!

Martínez se detuvo a un par de metros del individuo.

—¿Es a mí?

El hombre dejó escapar una risita seca y giró la cabeza hacia el otro, que continuaba tranquilamente apoyado en el coche y con ambos brazos cruzados ante el pecho.

—Este tipo es muy gracioso, ¿eh, Geo? Pregunta que si es a él y resulta que aquí sólo estamos los tres.

Cisco Martínez les observó despacio. Ambos individuos tenían la clásica facha de matones a sueldo. Poderosas anatomías y facciones brutales. El que interceptaba el paso a Martínez volvió a hablar:

—Tú eres Gálvez, ¿no?

—No.

—Pero acabas de llegar en el tren de Albuquerque.

—Así es.

—¿Y dices que no te llamas Gálvez?

—Ya he dicho que no.

—¡Vaya, hombre!

El tipo giró hacia su compañero mirándolo dubitativo unos instantes, con el ceño fruncido y una expresión de fastidio en el rostro. Después se volvió de nuevo a Martínez y sonrió apuntándole

con el índice extendido.

—Ya sé lo que ha pasado. Gálvez se ha puesto enfermo a última hora y te ha enviado a ti en su lugar, ¿no es cierto? Si hubieras empezado por ahí...

—No lo sé.

—¿Qué demonios es lo que no sabes?

—Si ese Gálvez está enfermo o no.

—Si te han enviado en su lugar...

—A mí no me ha enviado nadie.

El fulano pegó un mordisco al aire y se quedó mirando a Martínez con expresión feroz.

—Tratas de hacerte el gracioso, ¿eh?

Martínez encogió los hombros y dejó escapar un leve suspiro. Luego empezó a decir lentamente:

—Me estoy cansando de este juego idiota, amigo. Acabo de llegar en ese tren, pero no me llamo Gálvez ni conozco a nadie con ese nombre que pueda estar relacionado con ustedes. —Martínez hizo una corta pausa y mirando fijamente al hombre que tenía delante agregó—: ¿Les importa que siga mi camino? Necesito encontrar un hotel y dormir unas cuantas horas. —Y mostró intención de seguir andando.

—¡Espera un poco, tú!

Era el otro matón, el que se llamaba Geo, el que acababa de gritar. Lentamente, con movimientos que parecían estudiados para una película de gangsters, empezó a despegarse de la plancha del coche y descruzando los brazos avanzó bamboleando su poderosa anatomía, hasta detenerse junto a su amigo. Insertó los pulgares en el cinturón y, adelantando el cuadrado mentón con aire de superioridad, masculló:

—Déjame a mí, Roddy; yo tengo mucha maña para tratar debidamente a esta gentuza.

Martínez puso una tranquila mirada en ambos sujetos y empezó a meditar en que la pelea iba a ser inevitable. Armándose de paciencia, escuchó sin inmutarse lo que estaba diciendo el fornido y vanidoso Geo.

—Vas a tener problemas graves si insistes en hacerte el gracioso con nosotros, «pelao». Porque tú eres uno de esos asquerosos y repugnantes «pelaos» que ensucian Pico Alto con su presencia, ¿no?

—Si se refiere a que soy mexicano, se equivoca —respondió, calmoso, Martínez—. Y de verdad que no me importaría haber nacido en México. Pero nací en Los Ángeles y por lo tanto soy tan norteamericano como ustedes.

—No me digas, hombre —rió bajito Geo—. ¿Y se puede saber qué te ha traído a esta ciudad?

—¿Son ustedes policías?

—Para ti eso es lo de menos, «pelao».

Martínez movió la cabeza en sentido negativo y esbozó una sonrisa llena de inocencia.

—Se equivoca otra vez, amigo. Porque si son ustedes policías es mi obligación responder a todas sus preguntas y hasta puedo soportarles algunas palabras despectivas. Pero si resulta que no pertenecen a la policía, entonces... puedo partirlas esa fea jeta de cerdos que tienen, sin contravenir la ley.

Los dos matones, Geo y Roddy, boquearon llenos de súbito estupor y contemplaron al hombre que tenían delante con asombro. Martínez era menos corpulento que cualquiera de ellos dos. Y sin embargo, allí estaba plantándoles cara de pronto.

Y lo bueno del caso era que parecía la mar de tranquilo. Como si la cosa no fuese con él.

Roddy ladeó la cabeza y lo observó con detenimiento.

Cisco Martínez podía tener veintiocho o treinta años. Era bastante moreno, de rasgos duros y ojos oscuros de mirada brillante. Podía estar por el metro setenta de estatura y aunque su cuerpo era delgado, sus músculos parecían fibrosos y tensos como resortes listos siempre para entrar en acción.

Geo fue menos observador que su compañero y dio un paso al frente, dispuesto a embestir.

—Voy a romperte unos cuantos huesos...

Roddy alargó el brazo y lo contuvo con un seco ademán.

—¡Espera, Geo!

—¿Qué diablos pasa contigo ahora?

—Es mejor que primero charlemos un poco con él, ¿no? Tenemos que dejar las cosas claras. Y si luego sigue sin gustarnos este tipo... tendremos tiempo sobrado de zurrarlo a modo. A esta hora de la noche nadie nos vendrá a molestar.

Geo daba muestras de impaciencia.

—No tenemos de qué hablar...

—Claro que tenemos que hablar, maldito estúpido. Déjame hacer a mí, ¿quieres?

Geo soltó un resoplido y dio una cabezada de conformidad, aunque de mala gana. Entonces se giró Roddy al silencioso Martínez y comenzó a decir con gran aplomo:

—No somos policías, pero nos gustaría que respondieses a algunas preguntas amistosas, amigo. —Hizo una breve pausa y continuó en el mismo tono—: Resulta que nosotros estábamos esperando a un hombre que debía llegar en ese tren y traía un paquete para nosotros. Mejor dicho, ese paquete debía venir a nombre de Skett Nolan. ¿No te dice nada el nombre de Skett Nolan?

Martínez se encogió de hombros.

—En absoluto. Es la primera vez que lo escucho.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Bueno..., nosotros habíamos pensado que a lo mejor el tal Gálvez está enfermo y te ha enviado a ti en su lugar. Eres el único viajero que ha bajado del tren en Pico Alto, ¿no? —Creo que sí.

—¿Entonces...?

—Eso no quiere decir nada.

—Nosotros creemos que significa algo.

Martínez hizo un gesto ambiguo con las manos.

—A lo mejor resulta que ese Gálvez al que ustedes esperan cogió la garbana y se durmió. Se le pasó la parada y ustedes se quedaron aquí de plantón. Quizá baje en la siguiente estación para coger el primer tren de vuelta y regresar.

Roddy sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No lo creo. Es una explicación posible, pero el paquete que esperamos para el señor Nolan es demasiado importante para que ocurra algo así.

—Pues entonces ignoro lo que ha podido suceder. —Martínez alzó los hombros—. Tolo lo que puedo decir es que yo no soy el hombre que esperaban. Y ahora, si no les importa...

—¡Claro que nos importa! —volvió a intervenir Geo con la cara roja de rabia y poniendo su enorme puño a poco más de un palmo del rostro de Martínez—. Yo te diré lo que está pasando, tipo listo. A ti te han enviado en lugar de Gálvez y tienes el paquete dentro de

esa sucia bolsa. Pero sabes lo que hay dentro de ese paquete y piensas que si te quedas con él podrás ganar un buen pico de dólares. Lo malo para ti es que aquí estamos nosotros para impedirlo. Conque ya puedes ir soltando el paquete si no quieres acabar con todos los huesos rotos, maldito «pelao».

Cisco Martínez tenía las facciones crispadas, pero su voz se escuchó serena al decir:

—Les aconsejo que admitan su error y me dejen tranquilo. Yo no deseo hacerles daño alguno.

Los dos matones cambiaron una rápida mirada y finalmente dijo tolerante el llamado Roddy:

—Yo he tratado de evitarlo, pero tú no has colaborado, amigo. No me considero culpable de lo que va a pasarte. —Hizo un ademán al belicoso Geo y autorizó—: Puedes empezar con él cuando quieras, Geo.

No hizo falta repetir el permiso de atacar.

Sin previo aviso, Geo disparó el puño en dirección a la cabeza del sorprendido Martínez. Si el enorme puño hubiera llegado a su destino, aquella cabeza habría resultado tan cascada como una sandía caída desde un segundo piso.

Pero el puño sólo rasgó el aire.

Martínez esquivó el puñetazo con gran facilidad, a pesar del ataque presuntamente sorpresivo del grandullón. Y acto seguido, Martínez levantó la pierna derecha recibiendo al agresor con una alevosa patada en los testículos.

El alarido de Geo fue de época.

Se puso a dar saltos sin dejar de lanzar aullidos y luego cayó de rodillas sujetándose la entrepierna con ambas manos. Continuó lanzando aullidos al tiempo que se acordaba de los padres de Martínez sin ninguna consideración.

Roddy y Martínez se miraron a los ojos un instante.

Ambos sabían que eran mutuamente peligrosos.

Roddy acababa de ver cómo se deshacía aquel tipo de Geo y no cometió el error de menospreciarlo.

Como primera medida preventiva dio un paso atrás y se puso a girar en torno a Martínez sin dejar de mirarlo a los ojos. Evidentemente, le cedía la iniciativa.

Y no tardó en arrepentirse de ello.

Porque cuando menos lo esperaba, le saltó Martínez encima y, con agilidad increíble, comenzó su ataque. Roddy movió ambos puños frenéticamente, tratando de alcanzar a su enemigo en algún punto vital.

Pero fue Martínez quien primero logró conectar un gancho en el bajo vientre del otro. Y Roddy, a pesar de su corpulencia, levantó los pies del suelo y abrió mucho la boca llevando a sus pulmones el aire que le faltaba.

No llegó a desplomarse como él hubiera querido.

Martínez lo volvió a cazar con un izquierdazo a la punta del mentón y lo lanzó a toda velocidad hacia donde estaba Geo intentando incorporarse. Tenía una mano apoyada en el suelo para ayudarse y Roddy se la pisó al pasar por su lado convertido en un obús enloquecido.

—¡So cabrón, que me has pisado!

Roddy no estaba ni para prestarle atención, ni para ofenderse por el insulto. Su mayor preocupación consistía en ver dónde acabaría aterrizando.

Geo acabó de levantarse sin dejar de quejarse por la patada recibida. Cuando consiguió enderezarse del todo se tambaleó todavía inseguro. Y de pronto se puso a chillar despavorido porque se dio cuenta de que Martínez estaba frente a él y levantaba el puño ante sus ojos, sin darle tiempo a reaccionar.

El puñetazo lo recibió entre las cejas.

Se puso a bailar un estúpido baile sin música y sólo interrumpió sus movimientos cuando Martínez le pegó un nuevo rodillazo en los ya sensibles testículos.

Sin embargo, esta vez no aulló Geo.

No pudo.

Se desplomó como una res apuntillada y puso los ojos en blanco quedando tendido a lo largo sobre la acera. Martínez observó que estaba haciendo extrañas muecas con la boca y que su cuerpo rebotaba en el suelo, como un balón en manos de los Harlem Globetrotters.

Se desprecupó de él y empezó a buscar al otro.

Roddy venía gateando por la acera a toda máquina con intención de sorprenderle. Y lo más cerca posible del suelo por si las moscas. Cuando consideró que la distancia era buena, se abalanzó

en perfecta plancha con la idea malévolamente de abrazarle las piernas y tirar de ellas hacia arriba.

Pero su abrazo se cerró en el aire.

Martínez saltó a un lado con extraordinaria agilidad y cuando contempló a Roddy tendido boca abajo sobre la acera, delante de él, se puso a patearle los riñones.

La pelea terminó prácticamente en aquel momento.

Una sola vez intentó Roddy levantarse y recibió un patadón tremendo en la nuca que le estrelló el rostro contra el pavimento. Y quedó inmóvil, sangrando abundantemente por la machacada nariz.

Martínez echó un vistazo a los dos desvanecidos matones y decidió que tenían para un buen rato. Luego miró a ambos lados de la calle, comprobando que no había ni un alma por los alrededores. La gente de Pico Alto debía tener un sueño muy pesado... o no querían complicarse la vida.

Con gesto torvo, masculló:

—Vosotros lo habéis buscado, camaradas.

Después de unos instantes para acompasar el ritmo normal de su respiración, se inclinó y recogió la bolsa que había arrojado al suelo cuando comenzó la pelea.

Y con ella en la mano echó a andar en dirección al centro de aquella ciudad tan poco hospitalaria, a juzgar por el recibimiento lleno de agresividad que había tenido.

Necesitaba encontrar un hotel y dormir unas cuantas horas, antes de enfrentarse al gran problema que le llevaba a Pico Alto.

CAPÍTULO II

A sus cuarenta y cuatro años, Vera Lozano era una mujer que poseía cuanto debe tener una hembra para hacer dichoso a cualquier hombre. Sus cabellos oscuros, rizados en corta y airosa melena, enmarcaban un atractivo rostro, donde destacaban los negros ojos de burlona y un tanto picaresca mirada.

Muchos varones de Pico Alto suspiraban al evocar su exuberante cuerpo de turgentes carnes, lleno de madura experiencia. Y algunos insistían continuamente para que Vera dejase de ser viuda, convirtiéndose en esposa complaciente.

Pero ella no les prestaba demasiada atención, aunque no le desagradaba que siempre hubiese uno de aquellos hombres tratando de conquistarla a toda costa. Sin embargo, sabía que ninguno conseguiría ligarla de nuevo al matrimonio. Cuando Jim murió en Vietnam, hacía ya cinco años, se prometió a sí misma no volver a casarse.

Se conformaba con regentar el modesto hotel Nacional y tener muchos amigos en la ciudad.

Pero le molestaba que llegasen clientes a altas horas de la noche, y por eso, cuando sonó el campanillazo de la puerta, saltó del lecho con mal talante y refunfuñó mientras se ponía una bata cruzada y sujeta a la cintura por un ancho cinturón que marcaba sus redondas caderas.

Abrió un tanto desabridamente la puerta de la calle y vio enmarcado en el umbral a un hombre moreno, delgado y con aspecto de mexicano.

Al verla a ella pareció sorprenderse un poco, pero supo reaccionar rápidamente y en sus finos labios se dibujó una sonrisa de disculpa.

—Siento molestarla a estas horas, señora.

Vera también sonrió, aunque en tono sarcástico.

—No me diga que ha perdido el tren y que necesita una habitación para pasar la noche.

El hombre movió la cabeza en sentido negativo, sin borrar la sonrisa de los labios.

—Acertó en lo de necesitar una habitación, pero se equivoca en lo de una noche y en lo del tren. He llegado precisamente en él y ahora lamento que al maquinista no le gustase la velocidad. Usted es un espectáculo de los que se ven pocos en un día. De verdad que no me importaría haber llegado unas horas antes.

—Le advierto que de madrugada me resbalan los piropos.

—Porque su piel debe ser la más limpia y satinada del mundo, señora.

Vera ladeó la cabeza y lo miró más detenidamente.

—¿Siempre le da por hacerse el gracioso a estas horas de la noche, o está haciendo una excepción?

—Sólo me pongo así cuando tengo delante a una hembra como usted, se lo aseguro.

—Veo que no le faltan palabras.

—Siempre me sobrarían si no dejara usted de mirarme.

Vera Lozano levantó los brazos y compuso un gesto de fastidio.

—Vaya, me ha tocado un galanteador gracioso a la una de la madrugada. Ya faltan menos cosas por ocurrirme en la vida. ¿Desea la habitación o nos pasamos aquí la noche?

—Como quiera, pero si me da la llave me callaré y me iré a dormir. Yo creo que será lo mejor.

—¿Y de dónde saca que está ya alojado?

—Esto es un hotel, ¿no?

—En efecto. Y usted un mexicano. Se da la casualidad que no admito mexicanos en mi hotel. Y puede creerme si le digo que no es por discriminación. Tengo muy buenos amigos mexicanos, pero ésa es una norma que tengo en el negocio.

—Lo comprendo, pero no hay problema por esta parte. Nací en Los Ángeles y aunque me llamo Francisco Martínez soy norteamericano. Si es tan amable de dejarme entrar, le enseñaré la documentación para que lo compruebe.

Vera Lozano estuvo unos instantes mirándole antes de retroceder

dejando libre la entrada.

Martínez la siguió en silencio al pequeño y coquetón vestíbulo del hotel, admirando de paso el suave contoneo de sus caderas. Le entregó la documentación y ella estuvo unos instantes examinándola con detenimiento.

—Sí —admitió devolviéndosela—. Es usted norteamericano, aunque cueste creerlo.

—¿Por qué? En este país nacen cada día negros, chinos, árabes y de otras muchas razas. Además, en Nuevo México no debería ser extraño el ver norteamericanos de origen español.

—Pero en Pico Alto, sí. Es posible que no tarde demasiado en notar que aquí existe algo de discriminación.

—Ya tengo una pequeña idea, señora —dijo suavemente.

—Me llamo Vera Lozano. Puede llamarme Vera o señora Lozano, como prefiera.

—Me gusta más Vera.

—De acuerdo, señor Martínez.

—Si yo le llamo Vera, usted debe llamarme Cisco. Así es como me llama todo el mundo. —¿Cisco?

—Eso es —confirmó Martínez—. Y nunca he sabido si me llamaban así por diminutivo de Francisco, o porque armo un buen cisco por donde paso.

Vera Lozano ladeó la cabeza y lo miró arrugando el ceño.

—No me diga que es usted un camorrista. Cisco.

—No lo soy en absoluto. Vera. Nada me gusta más que la paz, pero cuando pierdo los estribos me pongo muy bronco.

—¿Y los pierde muy a menudo?

—Sólo tres o cuatro veces al día.

—Es un buen promedio.

—De todas formas, puede estar segura de que no armaré jaleo dentro de su hotel.

Vera dio una cabezada de asentimiento.

—Hágalo así y no tendré que echarlo. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Pico Alto?

—Todavía no lo sé.

La dueña del hotel señaló la bolsa que sostenía Martínez en la mano y preguntó:

—¿Ése es todo su equipaje?

—Bueno, podría decirle que un mozo traerá mañana mis maletas, ¿peí o usted no se lo creería —rió Martínez enseñando unos dientes blanquísimos—. En efecto, éste es todo mi equipaje.

—Entonces, tendrá que abonar el importe por adelantado. Son quince dólares diarios, incluido el desayuno.

—¿Café, pan y mantequilla?

—Con huevos fritos y bacón.

—De acuerdo, entonces.

Martínez metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un rollito de billetes sujetos con una gomita. Separó varios y los tendió a Vera Lozano.

—Le pago una semana de estancia. —Hizo una corta pausa viendo que Vera Lozano metía los billetes en el bolsillo de la bata después de contarlos, y agregó—: Ahora, si no le importa, podemos llenar la ficha de registro y podré irme a dormir. Lo estoy necesitando de verdad.

—Eso podemos hacerlo por la mañana —respondió ella dirigiéndose al pequeño mostrador de recepción para descolgar una llave del tablero que había detrás—. Las autoridades no son demasiado rigurosas en Pico Alto.

Volviendo junto a Martínez le entregó la llave y señaló el inicio de una escalera que arrancaba a la derecha del vestíbulo y que debía llevar al piso superior.

—Su habitación está situada en el piso de arriba. No tendrá dificultad en encontrarla. Es la número cinco. ¿Hay que despertarlo a una hora determinada?

En los labios de Martínez se dibujó una sonrisa llena de malicia, mientras sus ojos recorrían con bastante atrevimiento el cuerpo de Vera Lozano.

—¿Lo hará usted personalmente?

—Ni lo sueñe. La encargada de despertar a los clientes es Ángela. Tiene sesenta y tres años.

—Entonces prefiero despertarme por mi cuenta. Si pasan veinticuatro horas y no he bajado, avise a la funeraria.

Martínez deseó buenas noches a la dueña del hotel y se encaminó a la escalera. Ya se encontraba pisando el primer escalón, cuando giró la cabeza y preguntó:

—¿Conoce usted a Helen Clayton, Vera?

—Claro que la conozco —respondió ella desde el mostrador—. Todo el mundo la conoce en Pico Alto.

—¿Qué tal persona es?

Vera suspendió la tarea de ordenar unos papeles y levantó la cabeza mirándolo en silencio unos instantes. Luego dijo despacio:

—Para mi, Helen es una gran chica. Y aunque no lo fuese, no se lo iba a decir, porque es una buena amiga mía.

—Comprendo —asintió Martínez—. Según creo trabaja en el periódico local, ¿no? —Helen es la redactora. Bueno, en realidad, entre ella y el director, el viejo Sam Wolton, lo hacen todo. ¿Es usted amigo de Helen, Cisco?

Martínez sonrió.

—Todavía no, pero lo seré.

—Me alegraré por usted. No me caen bien los que tratan de hacerle daño a Helen.

Cisco Martínez arrugó el ceño, extrañado.

—¿Por qué tendría que hacerle ningún daño a Helen Clayton?

Vera se mordió el labio y desvió la mirada brevemente. Se le notaba un tanto desconcertada.

—Ha sido un simple comentario —dijo finalmente, encogiendo los hombros—. No me haga caso, creo que estoy hablando más de la cuenta.

Martínez dejó pasar unos segundos escrutando el rostro de Vera Lozano, en el que pareció detectar un atisbo de inquietud.

—¿Me permite hacerle una nueva pregunta?

—Es tarde para seguir conversando.

—Seré breve.

—Está bien, hágala —concedió ella.

—Sólo deseo saber si también conoce a Skett Nolan.

Martínez observó que la dueña del hotel se ponía súbitamente rígida y que su semblante se endurecía, mientras en sus ojos destellaba un fugaz y extraño brillo de odio.

—¿Ha venido usted a Pico Alto contratado por Skett Nolan? —inquirió fríamente.

Martínez esbozó una inocente sonrisa.

—No he venido a Pico Alto contratado por nadie de la ciudad, se lo aseguro. Lo que pasa es que dos tipos que andan por ahí mencionaron su nombre.

—¿Por qué mencionaron precisamente a Nolan?

—Bueno... Ellos también pensaron que yo trabajaba para ese tal Nolan.

—¿Quiénes eran esos tipos?

—¿Creo que se llaman Geo y Roddy?

—¿Geo Miller y Roddy Thaler?

—No tuvieron tiempo de decirme el apellido —sonrió Martínez sin demostrar su interés por la actitud hostil de la mujer desde que él mencionó a Nolan. Después de un corto silencio, comentó—: Tengo la impresión de que no le cae muy bien ese fulano, Nolan.

Los ojos de Vera Lozano despidieron chispas y su voz, que a Martínez le había parecido cálida y agradable hasta entonces, sonó llena de odio:

—Skett Nolan es el peor bicho que existe en el mundo. Y no deseo seguir hablando de él. Es mejor que se vaya a la habitación y trate de descansar. Cuando se encuentre usted con Nolan ya me contará si tengo razón. Y le aseguro que si piensa permanecer en Pico Alto por más de un día, se encontrará con él. Ése será el peor día de su vida, amigo.

Martínez la miró al fondo de los ojos y descubrió con facilidad que aquella mujer no se fiaba en absoluto de él, a pesar de haber asegurado que nada lo ligaba a Skett Nolan.

Pero no quiso forzar más la conversación y, después de desearle de nuevo buenas noches, subió a su habitación. Y antes de dormirse estuvo un rato pensando en las palabras de la exuberante Vera Lozano. Decididamente, aquel trabajo no iba a resultar tan sencillo como había creído.

CAPÍTULO III

Helen Clayton estaba pasando unos días pésimos, llenos de intranquilidad. Tenía los nervios a flor de piel y eso le hacía ver fantasmas a su alrededor. Se sentía vigilada constantemente y esperaba que en cualquier momento le sobreviniera la tragedia. Era un estado de ansiedad insoportable.

Ya empezaba a arrepentirse del paso que había dado, porque sabía que si llegaba el caso, aquellos criminales no tendrían misericordia con ella.

«Procura que tu comportamiento resulte absolutamente normal en todos los sentidos —le había dicho su tío, cuando hablaron por teléfono doce días atrás. Y también le dijo—: La investigación se hará con la máxima discreción, no temas nada. Por tu propia seguridad es conveniente que no tengamos nuevos contactos. Ya recibirás noticias nuestras». Y a continuación le dio una contraseña.

Pero habían pasado doce días sin tener la menor noticia, llenos de terrible ansiedad. A pesar de que estaba segura del cariño que le profesaba su tío, temía que se hubieran olvidado de ella y de lo que estaba pasando en Pico Alto.

Ahora, sentada en su mesa de redacción, apenas podía concentrarse en el trabajo que tenía delante. El viejo Sam la apremiaba porque el artículo debía aparecer en el periódico del día siguiente, y Helen se estaba retrasando mucho más de lo que en ella era normal. Sam Wolton había notado que algo raro le pasaba a Helen, pero una vez que le preguntó, ella salió con evasivas. Entonces decidió dejarla en paz y confió en que si tenía un problema verdaderamente grave, acabaría contándoselo.

El viejo Sam la quería como a la hija que nunca había tenido. Y en aquel momento, viéndola desde el fondo de la sala de redacción,

movió la cabeza apesadumbrado por la certidumbre de que algo le sucedía a la muchacha. Bastaba ver cómo pulsaba las teclas de la máquina de escribir. Parecía que estaba viendo una escena pasada a cámara lenta.

—Buenas tardes.

La muchacha respingó sobresaltada y estuvo a punto de lanzar un chillido. Delante de la mesa había un hombre que le miraba sonriendo y ella ni siquiera había advertido su presencia hasta que habló. Durante unos segundos estuvo mirándolo con ojos asustados, incapaz de reaccionar.

La sonrisa de aquel hombre se hizo más amplia.

—Lamento haberla asustado, señorita.

—Usted no..., no me ha asustado.

—Pues tengo la impresión de que sí. Y lo lamento de veras.

—Estaba abstraída en el trabajo y usted ha entrado tan silenciosamente...

—Lo siento, la verdad es que no quería interrumpirla. —El hombre hizo una breve pausa y le tendió la mano por encima de la máquina de escribir—. Me llamo Francisco Martínez y soy la persona que ha estado esperando.

Helen ofreció su mano un tanto aturdida.

—No comprendo...

—Desde luego. Las flores más hermosas crecen en el desierto.

Súbitamente, como si un relámpago iluminara su mente, Helen recordó las últimas palabras de su tío, la contraseña transmitida doce días atrás. Y con voz innecesariamente baja, respondió:

—Y en los picos nevados.

—Perfectamente, Helen. ¿Le importa que la llame Helen?

—No...

—Usted puede llamarme Cisco. Es diminutivo de Francisco. Ahora, si pudiera tomarse un rato libre, me gustaría queuviésemos una conversación. —Martínez hizo un inciso y agregó—: La veo a usted muy sorprendida, Helen.

La muchacha no podía disimular la turbación que le producía la repentina presencia de Martínez.

—Bueno, en realidad...

Cisco Martínez levantó la mano interrumpiéndola con un gesto y miró a su alrededor.

Un muchacho trabajaba en una de las mesas próximas.

—Sería mejor que diésemos una vuelta, Helen —aconsejó—. ¿Tiene coche?

—Sí. Lo tengo estacionado a la puerta.

—Perfecto. ¿Vamos, entonces?

—Bueno..., este trabajo que estoy haciendo...

—Puede esperar, Helen. Todo puede esperar ante la gravedad del asunto que nos ocupa. Es posible que no lo sepa muy bien, pero la verdad es que cuando usted llamó a su tío, encendió la mecha de un polvorín. Y está a punto de estallar.

Helen Clayton dudó unos segundos antes de decidirse. Luego se levantó y fue hasta la mesa donde estaba trabajando el muchacho. Martínez oyó que le daba un mensaje para Sam y después regresó a su lado.

El coche era un pequeño descapotable color malva. Subieron a él y la muchacha lo dirigió hacia el norte.

—¿Tiene preferencia por un lugar determinado?

—Usted conoce esto mejor que yo, Helen. Opino que deberíamos salir de la ciudad y buscar un sitio tranquilo.

—Muy bien, subiremos a San Rafael.

Martínez no dijo nada. Se limitó a dejarla conducir por una amplia avenida en dirección a las afueras de la ciudad. Supuso que San Rafael sería la montaña que aparecía frente a ellos y que posiblemente daba nombre a la ciudad.

Mientras tanto se ladeó en el asiento dedicándose a contemplar el perfil de la chica.

Cuando su jefe le enseñó varias fotografías de Helen Clayton en el momento de encomendarle la misión, Cisco Martínez pensó que se trataba de una mujer fuera de serie. Ahora, viéndola conducir con el rostro ligeramente levantado y los cabellos al aire, pensaba en que aquellas fotografías no le hacían justicia.

Porque Helen Clayton era una mujer soberbia.

Todo en ella, desde sus cabellos rojizos hasta sus perfectamente torneadas piernas, pasando por sus ojos color avellana y sus breves y turgentes senos, era de primera calidad. A sus veinticuatro años, se trataba de una de esas mujeres a las que uno nunca se cansa de mirar.

Sin embargo, Martínez observó que tenía las cejas ligeramente

fruncidas y había algo de crispación en ella. Para romper el hielo, comentó:

—La estoy observando y creo que está bastante intranquila, Helen.

La chica tardó en responder. Pero cuando dejaban atrás las últimas casas de Pico Alto, giró brevemente la cabeza y dijo:

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego.

—¿Ha venido usted solo a Pico Alto?

—Conque es eso... —comentó con sorna.

—Bueno, yo supuse que...

—Vendría la caballería de los Estados Unidos con John Wayne al frente, ¿verdad? Eso sólo ocurre en las películas, Helen. Además, yo valgo tanto como un escuadrón de caballería.

—No quisiera ofenderle, señor Martínez.

—Unos labios tan hermosos como los suyos nunca ofenden, Helen. Y si se empeña en llamarme señor Martínez me obligará a llamarla señorita Clayton. —Perdone, Cisco.

—Eso está mejor. En cuanto a lo que había supuesto, hablaremos cuando detenga el coche en un lugar tranquilo, Helen.

De nuevo se hizo una larga pausa. Helen sacó el coche de la carretera general en un desvío y como dedujo Martínez comenzó a ascender hacia la cima de la montaña.

Después de dos o tres kilómetros la carretera empezó a ser estrecha y sinuosa.

Martínez chasqueó la lengua.

—No hace falta subir a lo alto, Helen. Si encuentra un rellano detenga el coche y charlaremos.

—De acuerdo.

El rellano, de unos veinte metros y rodeado de vegetación, apareció ante ellos cinco minutos después. Helen sacó el coche de la carretera y lo detuvo.

—Esta historia te la sabes muy bien, de modo que si en algo me equivoco, me interrumpes. —Sin darse cuenta había comenzado a tutearla. Le ofreció un cigarrillo—. Según tengo entendido, hace unos años que llegaste a esta ciudad buscando trabajo, con tus estudios de periodista recién acabados. En Santa Fe existía demasiada competencia. El viejo Sam Wolton, propietario y director

del único periódico de Pico Alto, te dio la oportunidad que buscabas. Al principio todo resultó maravilloso, pues te sentías ilusionada trabajando aquí. Pero hace aproximadamente un mes llegaron a tus oídos rumores increíbles. ¿Voy bien?

—Sí. Lo que me extraña es que sepa tantas cosas de mí.

—He tenido algunas conversaciones con tu tío Donald antes de venir aquí. Aunque yo no pertenezco al FBI, como él, se puede decir que trabajamos por la misma causa.

—Ya.

—Se decía que el respetable y poderoso Charles Irving, dueño del mayor rancho de la comarca, traficaba con drogas y ordenaba el asesinato de mexicanos. Realmente absurdo. Sin embargo, tu instinto de periodista te impulsó a investigar discretamente y te sorprendió que una persona de toda tu confianza te los confirmara. ¿Quién fue esa persona?

—¿Estoy obligada a decirlo?

—Puedes callarte el nombre de esa persona si lo prefieres, aunque te advierto que es lo de menos. La máquina ya se ha puesto en marcha de todas formas y si lo pregunto, es únicamente por saber un dato más del caso.

Ella aún dudó un poco, pero acabó confesando:

—Fue Vera Lozano.

—Lo imaginaba —sonrió Martínez—. ¿Cómo se enteró ella?

—A través de uno de los hombres de confianza de Irving. Era muy amigo de Vera, y una noche que había bebido demasiado le contó que estaba asqueado de trabajar para Irving y Nolan. Le dijo que ellos habían ordenado la muerte de muchos mexicanos y que ya estaba harto de aquel asqueroso asunto de drogas.

—Estás hablando en pasado. ¿Qué ha sido de ese hombre?

—Desapareció al día siguiente de hablar con Vera. Ignoramos si lo han matado o si logró huir de Pico Alto.

—¿Su nombre?

—Bert Coleman.

Martínez tomó nota mentalmente, porque aquel hombre podía jugar un papel importantísimo en la resolución del caso, si le podían encontrar con vida.

—Bueno, lo que falta es el final de tu participación. Sentiste un poco de miedo, o por lo menos así lo suponemos. El caso es que con

buen juicio, fuiste a otra ciudad y llamaste a tu tío Donald desde un teléfono público como medida de precaución. Cuando le pusiste al corriente, tu tío te aconsejó que te comportaras con absoluta normalidad y esperaras noticias. Y así has estado, me imagino, hasta que he aparecido yo.

Con voz cargada de ironía, dijo Helen:

—Después de doce interminables días de espera.

—Comprendo tu ansiedad, Helen —respondió Martínez—. Pero puedo asegurarte que no hemos estado cruzados de brazos. Se ha trabajado duramente y con extraordinaria discreción, hasta que se ha puesto en claro todo el asunto. En estos momentos disponemos de pruebas suficientes para detener a Irving y a todos sus asesinos.

—¿Y a qué están esperando?

—Bueno... —dudó Martínez—. La cosa es más complicada de lo que parece. —¿Sí?— comentó con sarcasmo Helen. —A lo mejor esperan que mueran algunos mexicanos más.

El rostro de Martínez se endureció.

—Escucha una cosa...

Pero se quedó súbitamente silencioso porque podía escucharse perfectamente el motor de un coche que subía por la carretera. En pocos segundos lo tuvieron a la vista y ambos observaron que se trataba de un coche patrulla de la policía.

El coche oficial subía despacio y al llegar al rellano donde se encontraban ellos maniobró saliéndose de la carretera. Cisco Martínez observó que se detenía a doce o trece metros de ellos y que por cada lado del coche bajaba un agente.

Helen susurró:

—Son los ayudantes del *sheriff* Terrier. El más alto es Tony Garrett y el otro Walt Flint.

Martínez no dijo nada.

Los dos policías se acercaron a ellos y cuando estuvieron a unos cuantos pasos de distancia, el más alto de los dos se tocó el ala del sombrero.

—Buenas tardes, señorita Clayton.

—Hola, Tony.

El policía abrió las piernas con ademán de bravucón y clavó una despectiva mirada en Martínez.

—¿Eres tú el sucio mexicano que llegó anoche en el tren de

Albuquerque?

CAPÍTULO IV

Con las facciones súbitamente endurecidas, pero con voz aparentemente serena, replicó Martínez:

—No voy a entrar en detalles respecto a mi nacionalidad, agente. Usted ha decidido ya que soy mexicano. En cuanto a lo de llegar anoche en el tren de Albuquerque, debo responder afirmativamente.

—De modo que reconoce ser el sucio mexicano que llegó anoche en el tren de Albuquerque.

—Sólo admito que llegué de esa ciudad.

—Con eso tenemos suficiente.

El agente Walt Flint era un rubio de unos veintitrés años, de buena complexión atlética. La fría mirada de sus ojos claros ponía en su rostro una permanente expresión de cruel dad. En aquellos momentos se mantenía silencioso, dejando que actuara su compañero, pero sin perder de vista a Martínez ni un instante.

El otro patrullero. Tony Garrett, se desentendió de Cisco Martínez y puso los ojos en la muchacha.

—Será mejor que se marche, señorita Clayton —aconsejó señalando el pequeño descapotable—. Debemos interrogar a este hombre y es muy posible que a usted no le agrade presenciarlo.

Helen levantó el rostro con un repentino brillo de decisión en las pupilas.

—No pienso irme. Tony.

Ante la firme decisión de la chica, se hizo un silencio. Fue entonces cuando el agente Flint advirtió:

—Puede verse metida en un lío, señorita Clayton. No de be olvidar que está en compañía de un sospechoso.

—¿Sospechoso de qué, capullo? —terció Martínez.

Garrett y Flint respingaron pegando un mordisco al aire llenos de asombro. Se miraron estupefactos y después de unos segundos se barrenó Garrett el oído con el dedo índice.

—¿Has escuchado lo mismo que yo, Walt?

—Sí, Tony. El tipo se nos va a poner chulito.

—Digo que habrá que pararle los pies, ¿no?

—Completamente de acuerdo contigo. Tony.

—¡Dejad ya de decir payasadas! —gritó, enfurecida, Helen—. Estáis en vuestro derecho de detener al señor Martínez, si ésa es la orden que tenéis. Pero sólo eso. No tenéis que interrogarlo aquí; y menos con brutalidad.

Garrett y Flint se miraron en silencio unos instantes, pensando que la chica representaba un obstáculo para sus planes. Finalmente suspiró Garrett diciendo:

—Terrier quiere ver a este fulano.

—Muy bien. Si el *sheriff* Terrier desea ver al señor Martínez iremos a su oficina. Iremos en mi coche y vosotros podéis seguirnos.

—Este fulano es peligroso, señorita Clayton.

—No digas bobadas. Tony.

—Mire, señorita Clayton —dijo Tony Garrett con acento contenido—. Yo siempre he creído que los huevos de avestruz eran los más grandes que existen, pero he cambiado de opinión cuando he pasado por el hospital para ver a Geo Miller. Puedo asegurarle que resulta impresionante. Anoche sufrió una canallesca agresión cuando se encontraba charlando tranquilamente con su amigo Roddy Thaler, que también salió dañado. Y este sucio mexicano que tenemos aquí fue el agresor.

Mientras hablaba, Garrett señalaba a Martínez con el dedo extendido.

—¿Vas a negarlo, maldito chicano?

—Voy a negar que se puede considerar agresión. Fue defensa propia frente a dos energúmenos.

—Eso es mentira.

—En todo caso, será la palabra de ellos contra la mía.

—Pero ellos son dos ciudadanos respetables.

—Estás de coña, muchacho. Si dices que esos dos tipos son ciudadanos respetables, es que te han lavado el cerebro.

El agente Walt Flint dio un paso al frente y, mirando de una

forma muy significativa a Martínez, aproximó la mano al cinto, acariciando la culata del revólver con la yema de los dedos.

—La chica no quiere irse a pesar de que se lo hemos pedido. Tony. Pero te advierto que no voy a consentirle ni una bravata más al sucio mexicano.

En el cielo se habían ido acumulando negros nubarrones que presagiaban una tormenta inminente. En los ojos de los dos ayudantes del *sheriff* también vio Martínez negros nubarrones. Y también presagiaban tormenta, aunque de otra índole.

Mientras Garrett se decidía a secundar a Flint, dijo a la muchacha:

—Sube al coche y vete a la ciudad, Helen.

—No pienso irme de aquí —insistió ella.

—¡Haz lo que te digo, conchos! —barbotó Martínez—. Estos chicos van a jugar sucio y yo no me estaré cruzado de brazos.

—No te busques complicaciones, Cisco —advirtió Helen tuteándole y llamándolo así por primera vez—. Recuerda que ellos son representantes de la ley.

—Yo sólo respeto mi propia ley —replicó Martínez con la mirada pendiente de los dos agentes—. Y ahora vete al coche si no quieres que todo se vaya al traste. Obedece, Helen.

La muchacha advirtió el tono de ansiedad que había en las palabras de Martínez y obedeció en silencio. Empezó a caminar dirigiéndose al pequeño descapotable. Pero pudo ver el inicio de lo que ocurrió.

Vio que Tony Garrett, que era el más próximo a Martínez, lanzaba un derechazo al rostro de su antagonista. Y mientras tanto, el rubio Walt Flint sacaba el revólver.

Empezaron a caer los primeros goterones.

Los hechos comenzaron a sucederse a vertiginosa velocidad y, sin embargo, Helen tenía la impresión de que estaba presenciando una secuencia pasada a cámara lenta, como si se tratara de una extraña pesadilla.

Y como fondo, la lluvia arreciando furiosamente.

CAPÍTULO V

—¿Y quién diablos es ese tipo?

—No lo sabemos todavía, jefe.

Charles Irving era un hombre de poderosa anatomía. Sus cabellos eran escasos y su rostro sanguíneo. Bajo las pobladas cejas brillaban unas pupilas escrutadoras y llenas de astucia. Después de oír la respuesta de su hombre de confianza, bebió un largo sorbo de *whisky* con hielo.

—Eres un perfecto imbécil, Skett —dijo suavemente—. Por si lo has olvidado, te pago para que resuelvas los problemas antes de que lleguen a mí.

Skett Nolan lo miró unos instantes y por sus claras y frías pupilas pasó un ramalazo de rebeldía.

—No le he fallado nunca, jefe.

—Lo sé —asintió Irving—. Y por eso sigues conmigo. Pero ahora estás tardando demasiado en eliminar un obstáculo. Un tipo que se presenta en Pico Alto y lo primero que hace es vapulear a dos hombres de los nuestros es un enemigo. Y por lo tanto, hay que eliminarlo con toda rapidez.

—Eso estamos haciendo. En estos momentos se están encargando de él. Llegó anoche a la ciudad...

—En efecto. Y ha dormido en el hotel de esa zorra que se llama Vera Lozano, ¿no? Pues no ha debido salir vivo de la habitación esta mañana. Creo que anoche ya sabías lo que ese tipo había hecho a Geo y Roddy.

—Bueno...

—En cambio, ahora tienes un nuevo problema. ¿Qué has pensado hacer con la periodista?

Nolan dudó unos segundos.

—Habrá que... eliminarla también.

—¿Ves como eres un imbécil, Skett? Piensas eliminar a la señorita Clayton sin averiguar por qué ha ido ese tipo a verla. Precipitarse siempre resulta mala cosa, Skett.

En el rostro inexpresivo de Nolan se dibujó una mueca que quiso ser sonrisa de triunfo.

—Yo nunca me precipito, jefe. Cuando acaben con ese mexicano me traerán a la periodista para que pueda interrogarla a fondo. Le aseguro que sabré si ese tipo era un agente enviado por el Gobierno mexicano contra nosotros. En cuanto a la señorita Clayton... sufrirá un lamentable accidente que le costará la vida.

—Pero procura sacarle todo lo que sepa antes de que ocurra ese accidente. Skett. Me parece muy extraño que ese fulano haya ido a verla, precisamente a ella.

—¿Qué tiene de extraño que haya visto a la señorita Clayton?

—Ella es periodista, ¿no? Y si se ha ido con él en cuanto han cambiado dos palabras, es por algo. Y eso es lo que me interesa saber.

—Descuíde, jefe, le sacaré a esa periodista todo lo que pueda saber. Ya sabe que nadie se me resiste.

Charles Irving apuró el *whisky* y comentó:

—Después de todo, nos ha beneficiado el no haberlo liquidado en el hotel de esa zorra.

—Así hemos podido enterarnos de la conexión que tiene con la periodista. Es muy curioso. —¿Usted cree que Helen Clayton sospecha algo, jefe?

—Nunca se puede descartar la posibilidad. En estos asuntos siempre hay alguien que habla más de la cuenta, a pesar de las precauciones que se tomen. De todas formas, lo vamos a averiguar, ¿no?

Skett Nolan emitió una sádica risita.

—Yo me encargaré de eso.

—Todo debe quedar resuelto antes del amanecer de mañana. Recuerda que el senador viene a pasar el fin de semana con nosotros. Y como siempre, se suspenderán ciertas actividades mientras él esté aquí. Por lo tanto, debes darte prisa.

—¿Qué se sabe del tipo que debió llegar anoche en el tren?

—El muy idiota tuvo un accidente en la estación de

Albuquerque y se rompió una pierna. Tuvieron que llevarle al hospital y allí sigue.

—Pero el paquete...

—Está a salvo. Una persona se ha presentado en el hospital y lo ha recogido de manos del propio Gálvez. Lo enviarán el próximo lunes por otro conducto.

—Entonces, podemos estar tranquilos por esa parte. Y se justifica un poco el fallo de Roddy y Geo.

—Roddy y Geo han cometido más de un fallo desde que están con nosotros. Son dos perfectos inútiles y no me extrañaría que también fuesen unos bocazas.

Nolan estaba cada vez más inquieto.

—Yo no les creo capaces de...

—Hace días que andan detrás de la periodista, ¿verdad? Tú mismo me lo dijiste.

—La chica les cae bien a los dos y están tratando de...

—Mátalos. Skett.

La orden de Irving sonó como un trallazo en la mente de Nolan y durante muchos segundos no pudo reaccionar. Un hombre como él, despiadado, frío y capaz de matar a su propio padre por unos cuantos dólares, vacilaba ante la idea de eliminar a dos compañeros que a su juicio sólo eran culpables de estupidez...

—Jefe...

—Hazlo de forma disimulada, pero quítales de la circulación lo antes posible. Skett. No quiero volver a verlos por el rancho. Es una orden.

Los fríos ojos de Skett Nolan estuvieron posados largamente en el rostro de Irving. Finalmente, apretó los labios y dio una cabezada de conformidad.

CAPÍTULO VI

Cisco Martínez tenía dos problemas que resolver de forma simultánea; esquivar el puñetazo de Garrett y ocuparse de que Flint no consiguiera encañonarlo. Y esto último era lo más urgente.

Saltó y, a cambio de recibir el puñetazo de Garrett en el hombro izquierdo, logró ponerse cerca del rubio Flint. Lo bastante cerca como para sujetarlo del brazo y clavarle la rodilla en el bajo vientre.

Sintió un punzante dolor en el hombro, pero escuchó complacido el alarido de Flint, que se inclinó bruscamente hacia adelante y dio la impresión de sentir un súbito interés por comprobar si tenía limpias las botas.

La nuca del rubio se ofreció tentadora.

Cisco entrelazó ambas manos y descargó un mazazo demoledor que arrojó de bruces al atlético representante de la ley, dejándolo de momento fuera de combate.

Pero Garrett le había saltado a la espalda y le estaba machacando los costados con secos ganchos que le cortaban la respiración produciéndole un dolor insoportable. Cisco pensó que si seguía recibiendo aquel castigo, pronto acabaría la pelea.

Hizo un esfuerzo y logró revolverse plantando cara a Tony.

Y entonces recibió un gancho terrorífico bajo el mentón que lo lanzó de espaldas a varios metros de distancia. Quedó tendido en el barro que empezaba a formarse, con la mirada turbia y a punto de perder el conocimiento.

Sacudió la cabeza pugnando por recuperarse. Y la lluvia, que caía ya con mucha fuerza, la ayudó bastante.

Cuando estaba medio recuperado, pudo vislumbrar a través de la cortina de agua que una sombra se le venía encima. No podía ver

con claridad, pero deduciendo que se trataba de Garrett, apoyó la espalda en el suelo y levantó las piernas lanzando una doble patada.

Garrett ya se había arrojado sobre él y no pudo frenarse. Recibió la doble patada en pleno rostro y su cabeza se dobló hacia atrás bruscamente en un ángulo imposible. Se escuchó un crujido escalofriante y Garrett quedó tendido en el barro como un pelele desmadejado, con el cuello roto.

Estaba muerto.

Cisco Martínez no podía saberlo en aquellos momentos. Con las ropas empapadas y llenas de barro logró ponerse de rodillas resollando entrecortadamente. El agua le despejó.

Vio que Garrett estaba tendido a su lado y por la extraña postura de su cuerpo comprendió lo que había pasado. Pero no pudo pensar nada en aquel momento. Porque también estaba viendo que Flint se había recuperado y empuñaba el revólver apuntándole directamente a él y a punto de disparar.

Se lanzó a un lado en el mismo instante en que sonaba el estampido y oyó que la bala pasaba aullando muy próxima a su cabeza. Cisco sabía que el rubio acabaría alcanzándole si permitía que la situación se prolongase.

Un segundo balazo buscó su cuerpo y no llegó a su destino por puro milagro.

Entonces decidió Cisco poner fin a la situación. Rodó por el suelo procurando no ofrecer un blanco fijo y, mientras lo hacía, poniéndose perdido de barro, llevó la diestra a la bota derecha y extrajo una pistola de pequeño calibre, cargada con balas especiales.

Durante dos o tres segundos se quedó de rodillas junto a un matorral y aprovechó la ocasión para levantar el arma y después de apuntar brevemente apretó el gatillo.

El rubio Walt Flint había efectuado un infructuoso tercer disparo, cuando recibió en el pecho el primer balazo. Se quedó inmóvil, como si hubiera chocado contra una pared invisible, con una mueca de estupor pintada en el chorreante rostro.

Y aquello fue para él el principio del fin.

Porque Cisco Martínez apretó el gatillo hasta cuatro veces consecutivas.

El cuerpo de Flint inició una danza macabra al ir recibiendo los

balazos que le enviaba Cisco, sin que se perdiera ni uno solo. Un plomo le abrió el pecho, otro le estalló en el rostro, un tercero le abrió un horrendo agujero en el hombro... Walt Flint era un pingajo humano cuando quedó muerto sobre el barro.

Durante largos segundos se hizo un silencio impresionante interrumpido sólo por la lluvia que caía ahora sin tanta furia. En el ambiente flotaba un acre olor a pólvora.

* * *

A través de la cortina de agua, con el corazón encogido ante tanta violencia, y desmesuradamente abiertos los ojos, Helen había estado presenciando los hechos hasta en el menor detalle. Para ella había sido una experiencia terrible que la hizo entrar en un estado de paralizante inconsciencia, muy difícil de superar.

Cisco Martínez la contempló unos instantes y se apiadó de ella. Subió la capota del pequeño automóvil, para que se guareciera de la lluvia. Helen ni siquiera se daba cuenta de que estaba chorreando.

Se metió con ella en el descapotable y siguió tratando de calmarla. Helen lo miraba con los ojos muy abiertos, sin poder articular palabra alguna. Y Cisco tuvo la impresión de que en aquellos momentos se hallaba frente a un hermoso animalito aterrorizado.

Pasaron diez minutos hasta que consideró que Helen estaba lo bastante tranquila como para dejarla sola. Entonces le dijo que lo esperase sin moverse de allí y salió al exterior.

Cisco se ocupó de arrastrar los dos cadáveres hasta el interior del coche policial, lo que le costó un gran esfuerzo. Después puso en marcha el motor y sacó el vehículo del rellano metiéndolo entre la vegetación. Arrancó algunas ramas de los alrededores y procuró ocultarlo lo mejor que pudo.

Cuando consideró que estaba suficientemente disimulado entre los arbustos, regresó al descapotable junto a Helen. Había pasado más de un cuarto de hora.

La encontró casi totalmente recuperada.

Lo primero que le dijo al verlo fue:

—Eran..., eran dos agentes de la ley. Cisco.

—Eso es lo que parecían, Helen —respondió él en tono pausado

—. En realidad eran dos asesinos con uniformes de policía. No

siento que estén muertos.

La muchacha le miraba con dolorosa fijeza.

—Pero tú...

—Yo me he comportado como un verdadero salvaje, lo reconozco.

Se hizo un largo silencio entre ambos y lo rompió Cisco preguntando de pronto:

—¿En alguna ocasión has visitado el centro de rehabilitación de drogadictos, Helen?

Ella movió la cabeza en sentido negativo.

—Pues deberías hacerlo —siguió diciendo Cisco—. Allí se puede apreciar la verdadera magnitud de la miseria humana. Y se puede calibrar el grado de culpabilidad de los canallas que se dedican al tráfico de drogas.

Viendo que ella continuaba mirándole en silencio, empezó a decir Cisco:

—Mira, Helen, voy a ponerte al corriente de todo, ya que mis jefes te consideran persona de absoluta confianza. Además, has sido tú quien nos has puesto sobre la pista del caso. —Hizo un breve inciso y continuó—: Resulta que Charles Irving, con la ayuda de canallas como Skett Nolan y el *sheriff* Terrier, tiene montado un tinglado para introducir drogas en Estados Unidos.

La muchacha seguía mirándolo de forma inexpresiva.

—Periódicamente contratan a peones mexicanos que entran clandestinamente en nuestro país —prosiguió él—. Los contratos nunca son superiores a dos meses, para conseguir que el flujo de inmigrantes sea continuo. Y en cada grupo que entra por la frontera viene un hombre que se hace pasar por peón en busca de una oportunidad, pero que en realidad es un empleado de la organización y trae el paquete de heroína en su bolsa. Ese falso peón es utilizado tres o cuatro veces y después, en apariencia, se le facilita suficiente dinero para que pueda llevar una vida holgada en cualquier ciudad del sur de México. Por lo menos eso es lo que suponen los que son utilizados después. Pero la realidad es que el tipo que entra con la droga acaba enterrado en un rincón del rancho de Irving. Todo esto se puede probar y podríamos detener a estos miserables. Pero hay algo más, como puedes imaginar.

Cisco hizo una pausa y observó que Helen estaba ahora

interesada en lo que él iba diciendo.

—El caso es que no tenemos ninguna seguridad de que Milton Irving, hermano de Charles y uno de los más prestigiosos senadores que existen en la actualidad, esté implicado en el asunto. Sabemos que el senador viene a pasar algunos fines de semana con su hermano, pero eso no prueba nada. Y mi misión consiste precisamente en comprobar si Milton Irving está implicado o no.

Cisco buscó maquinalmente el paquete de cigarrillos, pero no estaba en el bolsillo de la camisa. Resignado prosiguió:

—La acción policial está detenida por el momento y ni siquiera los federales saben el motivo. Yo pertenezco a un grupo especial que depende directamente de un jefazo de la Casa Blanca y sólo a él rendimos cuentas. Nada se hará hasta que yo haga las indagaciones pertinentes y sepa a qué atenerme. Y aunque no viene a cuento, te diré que igual que ese James Bond de las películas, los miembros de mi grupo tienen licencia para matar. Esto no te lo digo para impresionarte, sino para que trates de comprender mi actuación de hace unos minutos. Nuestro comportamiento está siempre justificado.

Después de un largo silencio inquirió Helen:

—¿Cómo piensas descubrir la inocencia o culpabilidad del senador Irving?

—Me hará falta ayuda y sobre todo, mucha suerte.

—Yo puedo ayudarte.

—No, gracias. Tu papel ha terminado, Helen.

—Pero yo...

—No insistas, por favor —la cortó él con un ademán—. Ahora es conveniente que regresemos para cambiar de ropa.

Helen puso en marcha el coche y enfiló la sinuosa carretera en descenso hacia Pico Alto. Observando que conducía con normalidad, se tranquilizó Cisco.

El sol se había puesto y empezaba a oscurecer Después de rodar un trecho, comentó Helen:

—Cuando descubran los cadáveres estarás en peligro.

—Ya cuento con eso —respondió Cisco—. Y espero que no los encuentren hasta mañana. Entonces comenzará una caza implacable, pero no me cogerán desprevenido.

—En cuanto a ti, harás exactamente lo que voy a decirte.

Helen hizo un gesto de extrañeza.

—No comprendo.

—Pues yo sí lo comprendo. Cuando descubran que has estado conmigo correrás también un gran peligro. Y no puedo cuidar de los dos al mismo tiempo. Por lo tanto vas a irte de la ciudad esta misma noche. Tan pronto llegues a casa y metas en una maleta lo más imprescindible, te marcharás lejos de aquí. A cualquier ciudad situada a más de cien kilómetros de Pico Alto.

Helen apretó los labios con firmeza y levantó la barbilla en gesto decidido.

—Tengo un trabajo pendiente.

—Olvídalo. Cuando esto acabe es posible que puedas escribir el mejor reportaje de los últimos tiempos.

—Pero yo quisiera quedarme —protestó una vez más ella—. Creo que en algo podría ayudarte.

Cisco Martínez movió la cabeza en sentido negativo.

—Lo único que puedes hacer por mí es llamar a Vera Lozano antes de marcharte y decirle que soy de absoluta con fianza. Quedándote, más bien me estorbarías, compréndelo.

Helen guardó silencio unos instantes. Luego preguntó en tono de rebeldía:

—¿Estoy obligada a obedecer?

—Por supuesto —contestó en tono seco él—. Cuando llegues a las primeras casas de la ciudad, paras el coche y seguiré a pie. Luego haces lo que te he dicho sin pérdida de tiempo. Y no te olvides de llamar a Vera. Hazte la idea de que es una orden de tu tío Donald.

Tras un corto silencio Helen asintió.

Cisco se sintió más tranquilo. No le seducía la idea de enfrentarse a la cuadrilla de asesinos de Pico Alto y tener que vigilar simultáneamente a la muchacha. Podría actuar con mayor seguridad si ella estaba lejos de allí.

Meditando sobre sus próximos movimientos no advirtió que estaban llegando a la ciudad. La noche había caído por completo cuando pidió a Helen que detuviera el coche.

Ella obedeció y Cisco se giró en el asiento mirándola.

—Harás exactamente lo que te he dicho, ¿verdad?

—Sí.

—Buena chica.

Helen clavó los ojos en el rostro de él.

—Cisco...

—¿Sí?

—Sé que tu profesión es siempre peligrosa, pero... me sentiría más tranquila si me prometieses no comportarte temerariamente sin necesidad.

—Descuida, soy duro de pelar —repuso sonriente.

A continuación se inclinó sobre ella y la besó en los labios impulsivamente. Unos labios dulces y jugosos. Luego bajó del coche y se quedó en la acera viéndolo marchar. Antes de arrancar, los ojos de Helen se habían posado en él de forma muy significativa. Una gran chica Helen Clayton. Le gustaría conocerla más a fondo cualquier otro día, en otras circunstancias.

CAPÍTULO VII

Martínez llevaba algo más de un cuarto de hora metido en la bañera, con un vaso de *whisky* con hielo en la diestra y un cigarro, del que iba dando largas chupadas, en la zurda. Con el agua tibia cubriéndole el cuerpo hasta el torso, notaba cómo se le iban desentumeciendo los músculos. Tenía un hematoma en el hombro izquierdo y le dolía la mandíbula, pero, por lo demás, se encontraba perfectamente.

De pronto le llegó un leve ruido procedente de la habitación y se puso en tensión. Con mucho cuidado dejó el vaso y el puro en el borde de la bañera y empuñó la pistola, que precavidamente había dejado a mano.

Entonces escuchó la conocida voz de Vera Lozano:

—Soy yo. Cisco.

—De acuerdo —masculló Martínez—. Pero la próxima vez llama antes de entrar.

—No me digas que eres un chico pudoroso.

—Soy un chico con razones para disparar antes y preguntar después.

—Perdona, hombre. Acaba de telefonearme Helen y ase gura que puedo confiar plenamente en ti. He venido por si te puedo ayudar en algo.

—Muy agradecido. Ahora salgo.

Unos minutos después apareció Martínez en la puerta del baño con una toalla sujeta a la cintura como única prenda. En las pupilas de Vera Lozano hubo un fugaz destello de admiración al contemplar el atlético cuerpo masculino.

—Tengo que decirte que ganas mucho así, chico. Tu apariencia es engañosa cuando vas vestido.

—Eso le pasa a mucha gente.

—Me parece que tienes razón, porque vestido así me recuerdas a mi pobre Jim.

—Voy desnudo, nena.

—Ya. Por eso me lo recuerdas más.

—Vamos, vamos, jugar con fuego es siempre peligroso. ¿Quieres un *whisky*? —Prefiero mantenerme seca— sonrió Vera con malicia. —Dicen que el alcohol es compañero inseparable de muchas locuras.

Martínez se la quedó mirando detenidamente y descubrió un extraño fulgor en sus oscuros ojos. Sintió que se le secaba la garganta, porque Vera Lozano se hallaba en la plenitud de su hermosura como hembra.

Durante largos segundos sólo hubo silencio entre ellos.

Vera Lozano llevaba una bata color salmón, abierta más de lo normal por arriba. Martínez podía admirar el turbador inicio de aquellos grandes y duros pechos, que pugnaban por rasgar el tenue tejido que los oprimía. Y el caso es que los estaba admirando abiertamente, con descaro.

Ella, en cambio, no apartaba la mirada de su rostro.

Finalmente, Martínez se pasó la punta de la lengua por los resecos labios y rezongó:

—Nena, tengo que decirte la consabida frase de que no soy una estatua de piedra.

Vera dio un paso hacia él.

—Tampoco yo. Cisco. Por mis venas corre sangre caliente y en estos momentos me abrasa por dentro.

—Eso es exactamente lo que yo estaba pensando ahora —respondió él muy despacio—. Y también se me está ocurriendo que no llevas nada debajo de la bata.

Ella sonrió maliciosamente.

—¿Te gustaría comprobarlo? —¿Hace falta que te lo jure?

Vera avanzó un poco más y Cisco se vio envuelto en el suave perfume que emanaba de su cuerpo. Un cuerpo exuberante unos sensuales labios entreabiertos, unos ojos brillantes... Aquello era bastante más de lo que un hombre normal podía soportar.

Y Cisco Martínez era un hombre completamente normal.

Sólo tuvo que alargar las manos y con un suave movimiento

logró que la bata resbalara por los hombros femeninos y cayera al suelo. Frente a él tenía a una verdadera mujer, en el sentido más amplio de la palabra.

Una mujer madura, hermosa...

La toalla también cayó al suelo.

Y un rojo estallido de pasión se apoderó de ellos con frenesí de entrega total.

* * *

—Lo que ha ocurrido no significa nada, Cisco.

—¿No?

—Quiero decir que a nada te obliga, ¿entiendes? Puedes hacerte a la idea de que has arrancado una flor al borde de un camino. Después de oler su perfume la has arrojado a un lado y nunca volverás a verla.

—¿Así de simple?

—Así de simple. No deseo compromiso de continuidad con nadie y eso te incluye a ti lamentablemente. ¿Lo comprendes?

—Me parece que sí.

Se hizo un largo silencio que ninguno de los dos quiso romper.

Seguían en la cama, desnudos bajo la sábana que cubría sus cuerpos hasta algo más arriba de la cintura. Vera estaba echada de lado, incorporada a medias y con la mirada, un tanto ausente, puesta en el rostro de Martínez.

De pronto alargó la mano y acarició con suavidad los cabellos de él.

—Celebro que lo entiendas. Cisco. Tú eres todo un hombre y nada personal hay en esto. Cuando murió Jim me prometí a mi misma no pertenecer a otro hombre de forma permanente.

—Me hago cargo —respondió él—. Sólo que lo que estás diciendo acostumbramos a decirlo los hombres. De todas formas, te estoy muy agradecido por haberme permitido oler el intenso perfume de la flor... aunque haya sido por una sola vez. Te aseguro que es un extraordinario privilegio.

De nuevo se abrió un profundo silencio entre ellos.

Cisco, con el torso desnudo, apoyaba la nuca en el brazo derecho que tenía doblado sobre la almohada. En la zurda sostenía un cigarro encendido del que iba dando pausadas chupadas y lanzando

hacia el techo bocanadas de humo.

En las pupilas de Vera había una buena dosis de extraña añoranza mientras lo contemplaba a través del azulado humo.

Después de un rato, rompió Cisco Martínez el silencio.

—Vera... Me gustaría hacerte algunas preguntas. —Hizo una pequeña pausa y agregó—: Créeme que lamento mucho romper el hechizo del momento que estamos viviendo.

Ella sacudió la cabeza y esbozó una breve sonrisa saliendo de su abstracción.

—Helen me ha pedido que colabore contigo sin recelos. Puedes hacer las preguntas y yo trataré de responderte en lo que pueda.

—Perfecto. ¿Qué sabes de ese Bert Coleman?

—Que ha desaparecido sin dejar rastro.

—Eso me dijo Helen. ¿Tienes alguna idea de adónde ha podido ir?

—En absoluto —respondió Vera sin vacilación—. Lo único que puedo decirte es que si aún conserva la vida, estará a muchos kilómetros de Pico Alto.

—Me lo imagino. Es una lástima que en su conversación contigo no insinuara algún lugar determinado. Sería de gran importancia localizarlo.

—Lo siento. Ni siquiera dijo que fuera a marcharse.

—Quizá no tuvo tiempo de huir.

—Eso mismo es lo que pensamos nosotras. Creemos que lo han matado. Cisco.

Hubo un corto inciso y siguió Martínez:

—Ahora deseo que pienses un poco antes de responder. Vera. Aquella noche, cuando Coleman estuvo haciéndote confidencias, ¿mencionó en alguna ocasión al senador Milton Irving? Si lo asoció con lo que hace su hermano Charles y sus secuaces. —No se refirió al senador en ningún momento. ¿Crees que también está complicado en lo que ocurre?

—¿Tú qué opinas?

—Ni siquiera sé exactamente lo que están haciendo.

—Te pondré al corriente cuando todo haya terminado. Ahora sólo puedo decirte que se trata de un grave delito. Y me gustaría conocer tu opinión sobre el senador Irving. —Bueno...— titubeó Vera. —Parece una persona íntegra. Viene a Pico Alto con

frecuencia y es muy amable con todo el mundo. Es muy distinto a su hermano.

—¿Has hablado alguna vez con él?

—En varias ocasiones.

—Bien. En mi opinión. Vera, tienes bastante experiencia en lo tocante al sexo masculino. Y con esto me refiero a que tratarás a muchos hombres debido a tu trabajo. ¿En alguna de esas ocasiones que has hablado con el senador te ha parecido falso en sus gestos o en sus palabras?

—Nunca. Al senador Irving siempre lo he considerado una persona intachable y sin el menor atisbo de falsedad.

—De acuerdo. —Saltó de la cama y empezó a ponerse los pantalones—. ¿Y qué puedes decirme de su hermano Charles? Acerca de su relación con la gente de la ciudad.

—Sólo tiene relaciones con algunas mujeres de aquí. Aparte de ser un canalla es también un pervertido sexual y utiliza su poder para satisfacer sus caprichos. En una ocasión quiso que yo asistiera a una fiesta privada en su rancho. De eso hace ya bastante tiempo.

—¿Vino a pedírtelo personalmente?

—Sí.

—¿Y qué le respondiste?

—Que no tenía costumbre de asistir a fiestas privadas y que se había equivocado conmigo. Lo encajó bastante mal, pero afortunadamente no volvió a insistir más.

—Dime ahora lo que piensas de Skett Nolan.

Las facciones de Vera se endurecieron súbitamente.

—Ése es un bicho canallesco. Mucho peor que su jefe.

—El odio que te inspira es evidente. ¿Te importa decirme los motivos que tienes? —A mí, personalmente, no me ha hecho nada. Pero en la ciudad ha cometido las mayores indignidades que pueda cometer un ser humano. Es un ser despreciable.

—Entiendo.

—Incluso se dice que ha violado a varias muchachas y después ha amenazado de muerte a sus padres si lo denunciaban. Muchos delitos cometidos por Nolan han quedado sin castigo.

—Pues sí que es un paraíso esta ciudad. ¿Y qué opina el *sheriff* Terrier de todo eso? —Se cruza de brazos en todo cuanto concierne a Nolan. En realidad se puede asegurar que está a sus órdenes. O a

las órdenes de Charles Irving, que viene a ser lo mismo, ya que Nolan es su brazo derecho—. ¿Qué clase de tipo es el *sheriff* Terrier?

—Un hombre corrupto y ambicioso con malas entrañas. En la ciudad hay mucha gente que le teme y tienen suficientes motivos para temerle, porque es una bestia inhumana. Y de sus dos ayudantes puede decirse algo parecido. Sus abusos no tienen límites. Son dignos de su jefe.

Cisco pensó que no había necesidad de decirle que los dos ayudantes de Terrier estaban muertos y que no iban a cometer más abusos en la ciudad.

También pensó que no tenía objeto continuar con el interrogatorio a Vera, porque él sabía más de toda la cuadrilla que ella misma. Al querer hablar con Vera, en realidad sólo le interesaban dos puntos: ver si podía localizar a Bert Coleman, y conocer algún detalle que pudiese establecer la culpabilidad o inocencia del senador. Y cuando mencionó ambos puntos, las respuestas de Vera Lozano fueron tajantes.

Cisco llegó a la conclusión de que aquella mujer no podía serle de gran ayuda, a pesar de su predisposición a colaborar. Recogió del suelo la bata y dejándola sobre la cama, sugirió:

—Será mejor que te vistas. Vera Lo siento, pero tengo que hacer una visita que no quiero demorar.

—¿A estas horas? —preguntó extrañada.

—Para lo que pienso hacer es la mejor hora. Y me parece que en conjunto va a ser una noche bastante caliente.

Vera Lozano salió del lecho y Martínez estuvo admirando su maravilloso cuerpo hasta que ella se puso la bata.

—Es una lástima que hayas sido flor de un día, pero de verdad que ha valido la pena.

Vera lo miró largamente a los ojos.

—Yo puedo decir lo mismo. Cisco. —Después de una pausa, inquirió—: ¿A quién vas a visitar?

—No estará de más que charle un rato con el *sheriff* Terrier, y de paso me interesaré por la salud de sus ayudantes. Seguro que me puede decir cosas muy interesantes.

—¿Eres del FBI, Cisco?

Martínez la miró antes de responder:

—No exactamente.

—Bueno, no me importa si eres o no policía. Cisco. Si lo he preguntado ha sido por pura curiosidad. Helen me pidió que colaborara contigo y lo he hecho en la medida de mis posibilidades.

—Y yo te lo agradezco. Vera —aseguró Martínez—. De verdad que aprecio tu ayuda.

—Pero no confías en mí, ¿verdad?

—No se trata de eso. Tú has preguntado si soy del FBI y yo he respondido que no exactamente. Lo que no significa que no trabaje para el Gobierno federal.

—Pues yo...

Vera no pudo terminar lo que había empezado a decir.

En aquel preciso momento se escuchó un fuerte golpe y la puerta de la habitación se abrió violentamente. En el hueco quedó enmarcado un fantasma empuñando un enorme pistolón.

Y el cañón apuntó directamente a Cisco Martínez.

—Haz el menor movimiento y te vuelo la cabeza, chicano.

CAPÍTULO VIII

Martínez ni siquiera se atrevió a pestañear. Se quedó completamente inmóvil, mientras el corpulento sujeto cerraba la puerta con el tacón y daba un par de pasos en dirección a él. Mentalmente se dijo que había sido un perfecto imbécil dejándose sorprender con tanta facilidad.

Su pistola estaba sobre la mesita de noche y el individuo pareció adivinarle el pensamiento, porque dio un rodeo, la cogió y se la metió en el cinturón.

Vera se había quedado petrificada junto al armario, y de sus labios sólo salió una exclamación de asombro cuando el tipo apareció en el hueco de la puerta. No se había puesto a chillar como una histérica y Martínez se lo agradeció con el pensamiento. En un momento tan delicado hacía falta mucha serenidad.

Y ella, aunque estaba bastante asustada, demostraba una gran entereza.

Porque el aspecto del individuo que los había sorprendido era de lo más siniestro que se pueda imaginar. Vestía una camisa blanca llena de manchas de sangre. Y el rostro lo tenía cubierto por vendajes, en los que también había manchas de sangre reseca.

Parecía un ser irreal, pero la enorme pistola que sostenía con firmeza en la diestra no tenía nada de abstracta. En aquellos momentos la estaba moviendo con ademanes muy significativos dirigidos a Martínez.

—Ponte junto a la pájara y no intentes hacerte el listo, chicano. No quiero liquidarte, pero no dudaré en abrir fuego si me obligas.

Su voz sonaba muy extraña a través del vendaje.

Martínez se movió despacio situándose junto a Vera y, cuando estuvo a su lado, susurró:

—Procura conservar la calma, nena.

El tipo, dando muestras de gran nerviosismo, levantó la pistola y apuntó a la cabeza de Martínez.

—Seguro que no me has reconocido, ¿eh, chicano?

—Tengo una vaga idea.

—Soy Roddy Thaler.

—Entonces he acertado. ¿Cómo va eso, Roddy?

—Te crees muy chistoso, ¿eh? —masculló Thaler hablando con bastante dificultad a causa del vendaje que le cubría el rostro—. Se te quitarán las ganas de bromear cuando te diga unas cuantas cosas de por aquí.

—No estaba bromeando, Roddy. Y lamento haberte puesto la cara como un mapa, pero tú lo buscaste. —Martínez señaló la camisa ensangrentada de Thaler y agregó—: De lo que no me considero culpable es de esos agujeros que tienes en el pecho, Roddy. Parecen hechos con mala baba.

—El tipo que lo hizo no va a poder contarlo, te lo aseguro. Lo que siento es que le partió el corazón a Geo.

—¿De pena?

—¡De un cuchillazo, maldito seas!

Martínez se quedó perplejo.

—No entiendo ni torta de lo que estás diciendo, Roddy. ¿Qué significa eso de que a Geo le han pegado un cuchillazo?

—El pobre estaba tendido en la cama con sus dolores y de pronto entró un asqueroso fulano y le clavó un cuchillo en el corazón. Me quiso hacer lo mismo a mí, pero...

Martínez advirtió que aquel hombre se hallaba profundamente afectado por unos acontecimientos que acababa de vivir. Y en aquel estado podía ser peligroso.

—¿Por qué no empiezas por el principio, Roddy? A lo mejor puedo ayudarte si me lo dices todo.

Roddy Thaler volvió a mover la pistola con nerviosos ademanes, al tiempo que barbotaba:

—Vamos por partes, conchos. Tú eres un agente federal enviado a Pico Alto...

—Eso lo estás diciendo tú, Roddy.

—Eso se lo acaba de decir Skett Nolan al *sheriff* Terrier. Me encontré con ellos cuando venía hacia aquí y pude esconderme a

tiempo. Iban hablando y pasaron junto a mí.

—De modo que Nolan le ha dicho al *sheriff* que soy un federal...

—Si lo eres puedo decirte muchas cosas. También apuntaron la posibilidad de que fueras agente del Gobierno mexicano.

—¿Y tú qué crees?

—Me importa un rábano lo que seas, chicano. Pero si eres un federal podríamos hacer un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Primero dime si eres agente federal.

—Está bien —suspiró Martínez—. Digamos... que trabajo para el Gobierno de Estados Unidos.

—Me conformo con eso. Yo puedo darte muchos datos que te ayudarán a detener a esa cuadrilla de malditos asesinos.

—¿A cambio de qué?

—De mi libertad.

—¿De qué libertad estás hablando, Roddy? Salir de Pico Alto en estos momentos debe de ser tan difícil como cazar una golondrina a manotazos.

—No me vengas con historias, chicano. Si tú eres un federal es seguro que tus compañeros no están lejos de aquí. Puedo llegar hasta ellos o esconderme y esperarlos.

Thaler sufrió un espasmo que lo hizo tambalear.

—Deja la pistola y siéntate un poco, Roddy —sugirió Martínez—. Lo único que puedo prometerte es que haré lo posible por ayudarte.

Thaler no respondió. Era evidente que el vendaje del rostro dificultaba su respiración y él necesitaba mucho aire. Haciendo mucho ruido logró llevarlo a sus pulmones y después de unos instantes en los que Martínez aguardó paciente, inquirió señalando a Vera:

—¿Qué pinta ella en todo esto, chicano?

—Vera Lozano no tiene nada que ver con todo esto. Estábamos recordando viejos tiempos cuando llegaste, Roddy.

La dueña del hotel aún no había despegado los labios. Sus facciones se habían endurecido al saber que aquel hombre era Thaler, pero ahora dijo:

—Este hombre se está desangrando lentamente. Cisco. Yo puedo curar sus heridas si él lo consiente.

—¿Qué dices tú. Roddy? —inquirió Martínez.

—No me fío.

—Porque eres un idiota. Parece que has venido buscando mi ayuda y ahora sales con que no te fías Anda, deja la pistola y siéntate en esa silla para que Vera te pueda curar.

Thaler todavía dudó unos segundos, pero acabó dejando la pistola sobre la cama y sentándose en la silla que le indicaba Martínez. Al observar que Vera iba a salir se sobresaltó.

—¡No te vayas de aquí!

—Para curarte tengo que traer el botiquín.

—De acuerdo. Pero no tardes en traerlo.

Vera Lozano volvió en seguida. Rasgó la camisa con cuidado y la tiró a un lado. Luego empapó de agua oxigenada una gasa y empezó a limpiar las heridas del torso. Dos de ellas eran algo profundas.

—Parece que te has peleado con un gato. Roddy —comentó Martínez en tono burlón—. Poco más y te liquidan.

—El muy canalla manejaba bien la navaja. Pero cuando pude atraparlo del cuello...

—¿Qué te parece si vamos hablando mientras Vera te cura, Roddy? Así sentirás menos el dolor.

—De acuerdo. Para empezar te diré que esa cuadrilla está traficando con drogas y están metiendo cantidades industria les en Estados Unidos.

—Eso no es un secreto para mí, Roddy.

—También puedo decirte que tienen en nómina al *sheriff* Terrier y a sus dos ayudantes.

—Lo sabemos también.

—Pero lo que no sabes es que han asesinado a muchos mexicanos después de utilizarlos. Martínez chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—No me estás diciendo nada nuevo, Roddy. He prometido ayudarte, pero sólo lo haré si me dices algo realmente interesante.

—¿Qué deseas saber?

—Podemos hablar del senador Irving, por ejemplo.

Thaler crispó el rostro en gesto de dolor, mientras Vera trataba de contener la hemorragia de una herida.

—¿Qué pasa con el senador?

—Eso es lo que deseo que tú me digas, Roddy. ¿Está metido el

senador en el negocio de las drogas? —Hasta el cuello.

Aquella rotunda afirmación constituyó una sorpresa para Martínez. Pero trató de disimular su gran interés.

—Los senadores de Estados Unidos suelen ser personas íntegras, Roddy. Deberías estar muy seguro...

—¡Eh, tú...! Los senadores de este país son como los de todo el mundo. Y hay mucha corrupción en el maldito mundo, chicano.

—De acuerdo. Pero no me parece bien que acuses a uno de ellos a cambio de salvar tu piel.

—¿Salvar mi piel...? —se sorprendió Thaler—. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? Tú has prometido ayudarme si yo te daba información y es lo que estoy haciendo. —Pero me has dicho que el senador está involucrado en el tráfico de drogas y eso es muy grave. Hay que estar muy seguro de lo que se dice, Roddy.

—Yo lo estoy.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno..., me lo dijo Bert Coleman antes de que lo mataran. Lo de Coleman es otro ejemplo de los canallas que son. Hizo muchos trabajos sucios para ellos y al final se lo cargaron.

—¿Mataron a Bert Coleman?

—El propio Nolan lo acribilló a balazos.

—¿Y cómo sabía Coleman que el senador está implicado?

—No me lo dijo. Pero Coleman había sido uña y carne con el bastardo de Nolan hasta que el muy traidor lo liquidó. Y no es de extrañar que... ¡me estás haciendo daño, concho!

Nuevamente se había crispado el rostro de Thaler bajo los vendajes y la imprecación iba dirigida a Vera, que seguía su tarea. Vera está tratando de que no te desangres y tienes que estarle agradecido.

—¿Qué dices, tío? Ella la está gozando con poderme hacer todo el daño posible.

—El daño te lo hizo el tipo del cuchillo, Roddy.

Thaler emitió un gruñido, pero no contestó.

Martínez se acercó a la ventana y echó un vistazo a la calle. Lo había estado haciendo a intervalos, mientras hablaba con Roddy Thaler. Aquella ventana daba a una galería colgada sobre la calle y se podía ver un buen trecho desde ella. Una vez más comprobó que todo aparecía tranquilo, aunque no se fiaba en absoluto de las

apariencias.

Y mucho menos desde que sabía que Nolan andaba por la ciudad lleno de malas intenciones.

Regresando junto a Thaler y Vera, dijo:

—Muy bien, demos por bueno que Nolan le hiciera alguna confidencia a Coleman cuando todavía confiaba en él. Habrá que probarlo, pero parece que el senador es también culpable.

—Yo no creo eso —intervino Vera con acento indignado—. Todo es una sarta de mentiras.

Martínez le hizo un gesto apaciguándola.

—Se comprobará. Vera; descuida.

—Yo digo que el senador es el jefe del asunto —afirmó Thaler con gran énfasis—. Coleman me dijo que lo estaba financiando todo y me dio la impresión de estar muy seguro de lo que decía.

Martínez se quedó pensativo unos instantes. Aunque no existían pruebas, todo parecía indicar que el senador Irving estaba implicado en el tráfico de narcóticos. Y si aquello era cierto, Skett Nolan podía ser un importante testigo de cargo.

Dio unos pasos por la habitación, fumando. De pronto se quedó mirando a los ojos de Thaler, que brillaban desde los agujeros abiertos en el vendaje.

—¿Por qué has venido en mi busca?

—Eso salta a la vista. Estoy asustado.

—¿Qué ocurrió en el hospital?

—Geo y yo nos encontrábamos en la misma habitación. De pronto entró un fulano al que teníamos por amigo y sin mediar palabra sacó una navaja y se la clavó a Geo en el pecho dos veces. El pobre Geo ni llegó a enterarse que se moría. Yo me quedé de piedra y eso estuvo a punto de costarme caro. Por suerte, reaccioné a tiempo de impedirle que hiciera lo mismo conmigo. Luché con él y conseguí hacerle soltar la navaja. Luego le eché las manos al cuello y lo estrangulé sin misericordia.

—¿Qué pasó después?

—Que me entró un canguelo impresionante. Con el cadáver del fulano a mis pies, me puse a pensar que aquello no tenía lógica. Todavía no comprendo por qué querían silenciarnos, pero estaba claro que no podía acudir a ellos. Le quité la pistola al muerto y salí pitando del hospital. Anduve escondiéndome por ahí y estaba

metido bajo un seto cuando pasaron por allí Nolan y Terrier. Les oí hablar y entonces pensé en ti como en una tabla de salvación. Comprendí que un federal podía ayudarme. En realidad, al venir aquí pensaba esconderme en la habitación y esperarte, pero os sorprendí...

—De acuerdo. Roddy, yo te ayudaré a ti y tú me ayudarás a mí —dijo Martínez, pensando en Skett Nolan.

—De modo que vas a ayudarme a escapar de esos malditos traidores... —dijo Thaler, esperanzado.

—Siempre que tú me ayudes a mí a cazar a Nolan.

—Pues ándate con mucho cuidado. Martínez. Para cazar a Nolan hace falta una red antisubmarinos.

—Tú lo conoces bien, ¿eh?

—Más que su puñetera madre.

—Entonces vas a venir conmigo. Roddy. El sujeto respingó, sobresaltado. —Eso no te lo crees ni tú. Martínez.

El rostro de Cisco Martínez se endureció.

—Pues ése es el único trato que puedo hacer contigo. Roddy. Te vienes conmigo de caza o te ato las manos a la espalda y te echo a la calle. Tú eliges.

CAPÍTULO IX

Roddy Thaler protestó y maldijo, enfurecido. Pero al darse cuenta de que Martínez era muy capaz de cumplir su amenaza decidió acompañarlo.

Martínez pasó por alto las maldiciones y elaboró un plan.

Los dos saldrían de la ciudad en el coche que Vera Lozano ofreció a Martínez y que estaba estacionado en la calle. Esperarían a Nolan en el propio rancho de Irving y allí lo cazarían. Según decía Thaler había una cerca, y Nolan debía detener su automóvil para abrir la puerta y enfilarse la carretera que llevaba al edificio principal del rancho. Aquél sería el mejor momento, porque Nolan no esperaría ninguna sorpresa allí.

Lo atraparían y regresarían con él a la ciudad.

—¿Y si Nolan no va solo? —objetó Thaler.

—No me importa que liquidemos a los otros, siempre que Nolan se quede con vida.

—Tu seguridad me pone la carne de gallina. Martínez. Supón que Nolan no vuelve al rancho esta noche.

—Volverá. Es cuestión de tener paciencia y esperarlo. Nolan se pasará algunas horas buscándonos, pero acabará regresando al rancho, aunque sólo sea para calmar a Irving por su fracaso.

—¿Qué fracaso?

—Tú y yo seguimos libres y vivos, ¿no?

—No será por mucho tiempo, liante. Como aparezca Nolan con la «regadera» te vas a enterar.

—No me digas que Nolan se dedica a cultivar flores en sus ratos libres. Roddy.

—Puedes hacerte el gracioso... La «regadera» de Nolan es un ingenio diabólicamente pequeño, que va provisto de silenciador y

escupe plomo a mansalva.

—No me hables del tío del saco, Roddy.

Martínez se giró a Vera y le advirtió de que si algo fallaba, su coche podía salir dañado. Ella se encogió de hombros. Se lo había ofrecido y la advertencia no la hizo cambiar de opinión.

También la advirtió Martínez sobre una posible visita de Nolan y su gente. Le dijo que procurara mostrarse tranquila y que lo tratara como siempre lo había hecho. Que Nolan no notara ninguna diferencia sospechosa.

—Descuida. Lo odio tanto, que no será ningún esfuerzo tratarlo como siempre.

Martínez le dio una palmadita en la mejilla.

—Procura no enfurecerlo demasiado, nena. Esta noche podría ser peligroso. —Hizo una corta pausa y mirándola a los ojos, agregó —: Gracias por todo. Vera.

Ella simuló un enfado que no sentía.

—¿Quieres irte ya?

Tres minutos después abandonaban Martínez y Roddy el hotel. La calle aparecía silenciosa y solitaria en ambas direcciones. Procedente del norte soplaba un fresco airecillo que resultaba agradable de respirar.

Por indicación de Martínez se quedaron unos instantes pegados a la puerta del hotel, inspeccionando los alrededores. No había nada sospechoso a la vista.

Martínez señaló un Ford color crema, que se hallaba aparcado a unos seis metros de distancia de la puerta del hotel, junto a la acera.

—Ése es el coche de Vera.

—Está muy lejos.

—No seas tan cobardón, caray. Sólo son unos pasos y no hay nada por aquí.

—Eso es lo que parece. Pero seguro que Nolan está escondido en cualquier rincón con la «regadera» preparada.

—Olvídate ya de la «regadera» —masculló Martínez.

—¿Cómo voy a olvidarme? —rezongó Thaler rabioso—. ¿Te olvidarías tú de un cáncer si lo tuvieras? Pues eso es lo mismo, pero de efectos más rápidos.

—Venga, vámonos ya.

—No puedo. Si me despego de la pared me caigo redondo al suelo. Ve tú y ya me contarás cómo ha ido la cosa.

—No digas más tonterías, Roddy. Tu única posibilidad de salvación está en mantenerte a mi lado. Si te apartas de mí eres hombre muerto y lo sabes.

—Lo único que sé es que estoy metido en un lío espantoso.

—De acuerdo. Primero iré yo al coche y pondré el motor en marcha. Cuando lo tenga a punto das una carrera y te metes dentro.

—De acuerdo.

Martínez dio unos pasos por la acera y por pura precaución miró a ambos lados de la calle. No observó nada sospechoso por los alrededores y siguió hasta el coche para poner el motor en marcha. Luego sacó el brazo por la ventanilla haciendo una señal a Thaler.

Pero éste todavía se quedó unos instantes pegado a la puerta del hotel, sin decidirse a ir. Luego comenzó a caminar en dirección al vehículo, sintiendo una sacudida de terror a cada paso que daba.

Y de repente, cuando se hallaba a menos de dos metros del coche y Martínez le estaba abriendo la portezuela, se vieron confirmados todos sus temores.

El ataque se llevó a cabo con tal rapidez, que Thaler apenas llegó a darse cuenta de que su vida había llegado al final. Todo sucedió de forma vertiginosa.

En el quicio de una puerta cercana empezaron a brotar rojos fogonazos sin que ningún estampido rasgara el silencio de la noche. El cuerpo de Roddy Thaler inició una grotesca danza macabra, contorsionándose absurdamente a cada proyectil que recibía.

Martínez contempló atónito cómo brotaba la sangre por los agujeros que abrían las balas en el torso de Thaler y cómo saltaba éste de un lado a otro.

Varios balazos se clavaron en la chapa del coche.

El hecho de que el arma del agresor estuviera provista de silenciador desconcertó unos instantes a Martínez, impidiéndole reaccionar con celeridad. Y cuando quiso hacerlo, lo único que le quedaba era arrojararse entre dos asientos e intentar salir por el lado contrario.

Mientras sacaba la pistola abrió lentamente la portezuela y echó un vistazo.

De pronto se quedó petrificado de terror y un escalofrío sacudió

su espina dorsal.

Un sujeto había estado esperándolo agazapado al otro lado del vehículo y tan pronto como él sacó la cabeza le apoyó el cañón de un revólver en el centro de la frente. Y con una expresión de salvaje maldad en el rostro apretó el disparador.

CAPÍTULO X

Sonó un chasquido metálico seguido de una risotada que Martínez ni siquiera escuchó.

Su mente se hallaba paralizada por un terror infrahumano y en el momento de sonar el chasquido su cuerpo se estremeció violentamente. Una nube roja cubrió sus ojos y tardó varios segundos en darse cuenta de que no había salido ninguna bala del cañón del revólver que se apoyaba en su frente.

Todo había sido una siniestra broma.

Una broma de infarto.

El agente respiró ruidosamente llevando aire a sus pulmones y vio que el tipo seguía apuntándole con el revólver. En su rostro había una expresión de canallesco regocijo mientras iba informando:

—Si tiro del gatillo por segunda vez saldrá una bala. No he podido resistir la tentación de gastarte mi broma favorita.

Martínez levantó el sudoroso rostro y lo miró. No tuvo dificultad en reconocer al *sheriff* Terrier, porque había visto varias fotografías de él antes de que lo enviaran a Pico Alto. Y también reconoció a Skett Nolan cuando saltó sobre el cadáver de Thaler y se aproximó a ellos.

Dos hombres más cruzaron la calle y se unieron al grupo.

Nolan llevaba en las manos un arma extraña. Era una especie de enorme revólver de cuerpo rectangular y un largo tubo lleno de pequeños orificios aplicado al cañón. Debía ser la silenciosa y mortífera metralleta a la que se había referido Roddy Thaler con tanto temor.

Y la única arma que se había utilizado en aquel ataque sorpresa, puesto que no se escuchó ningún disparo.

Terrier movió el revólver indicando a Martínez que saliera del coche. Y cuando obedecía, oyó aquél que Nolan daba instrucciones a los otros dos.

—Encargaos de hacer desaparecer el cadáver de Roddy y después reuníos con nosotros en el rancho. No creo que se acerque ningún curioso, pero si viene alguien lo echáis de aquí a patadas. ¿Está claro?

Los dos fulanos movieron la cabeza afirmativamente.

Skett Nolan se desentendió de ellos y se giró a Martínez mirándolo con desprecio.

—Así que tú eres el macho que llegó anoche en el tren de Albuquerque, ¿eh? Me pareces muy poca cosa para tanto ruido.

Cisco ya se había repuesto por completo de la brutal broma de Terrier y lo miró esbozando una sonrisa.

—Las apariencias engañan, Nolan. Dame la ocasión y te demostraré que tu primera impresión es equivocada.

Nolan hizo un rápido movimiento y le metió el cañón de la metralleta bajo las narices.

—Yo te voy a dar muy pocas oportunidades, piojoso «pelao». Ardo en deseos de volarte la cabeza y juro que lo haré al menor motivo que me des.

Martínez no se inmutó.

—Te creo muy capaz de hacerlo. Nolan. Ya he visto que tu estilo es disparar por la espalda contra personas indefensas. Eres un cobarde, Skett Nolan.

El largo silenciador de la metralleta se hundió con más fuerza en el cuello de Martínez, obligándolo a echar la cabeza hacia atrás bruscamente. Y Skett Nolan silabeó muy cerca de su oído:

—Anda, sigue haciéndote el gallito y tendré el motivo que anhelo, «pelao».

El *sheriff* Terrier intervino entonces en tono conciliador:

—Está tratando de ponerte nervioso, Skett. No le sigas el juego, maldita sea.

Nolan emitió una helada risita.

—Me encanta ponerme nervioso con tipos como éste, Pat.

—Pero tenemos orden de llevarlo vivo al rancho.

—Siempre que no se resista, Pat.

—No se resistirá, Skett. Sabe que tiene las de perder si se pone

tonto.

Terrier miró amenazadoramente a Martínez y agregó:

—Será mejor que no sigas provocando a mi amigo, Martínez. Si lo haces otra vez te voy a saltar los dientes con el cañón del revólver, ¿entiendes?

Martínez se limitó a dar una lenta cabezada.

Nolan retiró despacio el cañón de la metralleta del cuello de Martínez y masculló, malévolo:

—Ya tendré ocasión de encargarme de ti, machote. Y prometo que lo haré personalmente. Ahora ponte las manos en la nuca y camina hacia aquel coche —indicó señalando un sedán azul estacionado al otro lado de la calle.

El agente echó a andar flanqueado por Nolan y Terrier. Por su cabeza pasaron algunos planes de fuga, pero los fue rechazando uno a uno. Aquellos tipos no eran fáciles de sorprender y cualquier intento acabaría en fracaso. Era mejor mantenerse alerta y esperar.

La veteranía de Terrier y Nolan quedó demostrada cuando entraron en el coche. El *sheriff* lo metió en el asiento trasero y le esposó las manos sujetándolo a la anilla del cinturón de seguridad. Cualquier intento de fuga quedaba abortado.

Nolan tomó asiento a su lado y Terrier se situó tras el volante poniendo el coche en marcha. La velocidad fue aumentando y en unos minutos dejaron atrás las solitarias calles de la ciudad. El *sheriff* conducía con gran pericia y Nolan estaba ladeado en el asiento contemplando con extraño regocijo a Martínez.

Ninguno de los tres hablaba.

Hasta que Nolan rió rompiendo el silencio.

—En menudo fregado te has metido, «pelao». Éste será el último trabajo de tu vida. Martínez no dijo nada.

—Nos importa muy poco que seas un agente mexicano o un asqueroso federal, chico.

¿Quieres responder voluntariamente a unas preguntas o prefieres callar todavía?

No obtuvo respuesta.

—Como gustes, hombre. Pero te advierto que lo sabemos todo sobre ti. Incluso sabemos que has liquidado a Garrett y Flint. ¿Ves lo buena que es nuestra fuente de información? Cuando lleguemos al rancho vas a llevarte la sorpresa de tu vida.

Terrier echó un vistazo por el retrovisor y emitió un gruñido.

—Estás hablando demasiado, Skett.

El aludido se enderezó en el asiento silabeando amenazador:

—No necesito tus avisos, Pat.

—Perdona. Skett —se apresuró a decir Terrier—. No he pretendido molestarte, hombre.

Nolan se echó de nuevo hacia atrás y preguntó a Martínez:

—¿Eres agente del gobierno mexicano?

—Acabas de decir que lo sabes todo sobre mí.

—Algo nuevo podrás decirme.

Martínez le dio la espalda y estuvo unos instantes mirando al exterior. A pesar de la oscuridad, pudo advertir que la carretera discurría por un terreno llano y desprovisto de vegetación. A la derecha le pareció distinguir la montaña de San Rafael. Su mole se recortaba sobre el fondo algo más claro del cielo.

De pronto, sintió que una garra se clavaba en su hombro y tiraba de él haciéndolo girar violentamente.

El rostro contraído de Nolan quedó muy cerca del suyo.

—¡No me des la espalda cuando te hablo, «pelao»!

En las oscuras pupilas de Cisco Martínez hubo un fugaz destello de cólera, pero consiguió dominarse y acabó soltando una irónica risita.

—Te estás poniendo nervioso otra vez, Nolan. Recuerda que tu jefe me quiere vivo. Skett Nolan estuvo unos cuantos segundos respirando ruidosamente. Logró calmarse un poco, aunque rezongó lleno de rencor:

—Ya caerás en mis manos, muchacho. Sólo debo tener un poco de paciencia y te tendré todo para mí. Entonces te vas a arrepentir de haber nacido, lo juro.

Martínez no quiso pensar en lo que sería de él si le daban carta blanca a Nolan. Estaba convencido de que en sus manos lo iba a pasar bastante mal. Bastaba con ver la despiadada mirada que tenía puesta en él.

Durante el resto del trayecto no ocurrió nada más. Nolan desistió de hacerle nuevas preguntas y él pudo dedicarse a poner orden en sus pensamientos.

El futuro lo tenía muy negro.

En la cerca donde Martínez pensaba sorprender a Nolan,

encontraron a un hombre armado que se encargó de franquearles la entrada tan pronto los reconoció.

Cinco o seis minutos después, el coche frenó delante del edificio principal del rancho.

Se trataba de una regia edificación de tres plantas.

Terrier le quitó las esposas y lo hizo bajar.

Mientras lo llevaban hacia el porche, observó Martínez que a ambos lados del edificio central había otras dos edificaciones más sencillas de aspecto. Supuso que eran graneros y alojamientos del personal.

Por todas partes merodeaban hombres con rifles en las manos y revólveres colgando del cinto.

Martínez había pensado intentar la fuga si se presentaba la ocasión, pero ahora se daba cuenta de lo difícil que resultaría escapar de allí.

Terrier pareció adivinarle el pensamiento.

—Si estás pensando en escapar, olvídalos. De aquí no ha logrado salir nadie.

A pesar de la difícil situación en que se hallaba, bromeó Martínez:

—Estaba admirando lo bonito que es todo esto.

Nolan le apoyó el cañón de la metralleta en la espina dorsal.

—Basta de charla y camina, «pelao».

—A sus órdenes, jefe.

Entraron en el edificio y Nolan lo empujó por el amplio vestíbulo hacia una ancha escalera situada a la derecha del salón. Subieron al primer piso y Nolan llamó con los nudillos a una puerta de pulida y brillante madera.

Transcurrió casi un minuto hasta que autorizaron la entrada desde el interior. Terrier abrió la puerta y se hizo a un lado. Nolan se encargó de hacer entrar a Martínez y no se anduvo con miramientos. Le dio un violento empujón que estuvo a punto de arrojarlo de bruces dentro de la estancia.

Mientras trataba de conservar el equilibrio, escuchó Martínez a Nolan y Terrier que cerraban la puerta y se quedaban junto a ella vigilantes. A espaldas de él.

Aquella habitación era una biblioteca de grandes dimensiones con estanterías repletas de libros y suelo enmoquetado. En el centro

de la estancia había una alargada mesa rectangular de gran tamaño. Y en el extremo opuesto, frente a Martínez, se sentaban tres personas que lo miraban sonriendo burlonamente.

Cisco Martínez sintió que la sangre corría alocadamente por sus arterias, al tiempo que una inusitada furia se apoderaba de todo su ser.

Porque una de aquellas personas era Helen Clayton.

Y lo miraba sonriendo burlonamente.

CAPÍTULO XI

Cisco Martínez reconoció en seguida a los hermanos Irving, a pesar de no haberlos visto con anterioridad. Todas las fotografías que le enseñaron antes de enviarlo a Pico Alto estaban grabadas en su mente.

El senador Milton Irving, un hombre de aspecto culto, de blancos cabellos y serenas facciones, tomaba asiento a la derecha de Helen Clayton. A la izquierda de la muchacha se sentaba Charles Irving, que no tenía el menor parecido físico con su hermano.

Martínez permaneció largos segundos silencioso y con una mirada llena de desprecio puesta en Helen.

La pausada voz del senador Irving acabó rompiendo aquel prolongado silencio.

—Señor Martínez, observo que no mira con mucha simpatía a nuestra eficaz colaboradora, la señorita Clayton.

—Nunca miro con simpatía a una zorra, senador Irving —replicó con dureza Martínez—. Me producen náuseas. Y lo mismo me ocurre si me encuentro frente a hombres que pasan por respetables y en realidad son unos miserables.

Helen Clayton borró su sonrisa y palideció.

Milton Irving movió las manos en ademán apaciguador.

—Vamos, vamos, señor Martínez, no sea usted tan duro.

—¿Duro dice usted, senador Irving? —replicó con sarcástica risita—. Yo tengo la impresión de no haber sabido expresar el asco que me inspiran todos ustedes.

—Puedo encargarme de ablandarlo un poco, senador —sugirió Nolan.

Pero un rápido gesto de Charles Irving lo mantuvo en su sitio a regañadientes.

—No voy a tomar en consideración sus palabras, señor Martínez —manifestó el senador—. Por el contrario, lo invito a que tome asiento y a que charlemos como personas sensatas. Creo conveniente y factible que lleguemos a un perfecto acuerdo en beneficio mutuo. En principio le diré que el hermano tenía otros planes con respecto a usted y yo lo he convencido para cambiarlos.

—¿Me está ofreciendo dinero, senador?

—No estoy tratando de comprarlo ofreciéndole una cantidad elevada, señor Martínez. Lo único que le ofrezco es la posibilidad de que charlemos como personas sensatas. Pero quizá prefiera usted que nos comportemos como salvajes civilizados.

—¿Salvajes civilizados...? Eso es una incongruencia, senador.

—Error, señor Martínez. Nos ha tocado vivir en un modelo de sociedad en la que abundan los salvajes civilizados. Y ocurre a nivel mundial. Por supuesto que existen unos salvajes incivilizados que van por el mundo haciendo uso de las armas y de la fuerza bruta. Pero éstos son menos peligrosos, ya que sabemos cómo son y cómo combatirlos. Los otros, los salvajes civilizados, son infinitamente más peligrosos, porque actúan en la sombra.

—Un punto de vista muy interesante, senador.

—¿Verdad que sí? —sonrió Milton Irving—. Jefes de grandes trust financieros, presidentes de poderosos bancos, dirigentes sindicalistas, líderes de partidos en la oposición que claman justicia para el pueblo, primeros ministros... Encontraría usted a muchos salvajes civilizados entre ellos, Martínez. No todos lo son, por supuesto. Pero abundan y son muy peligrosos. Más de lo que se puede imaginar. Usted puede luchar contra Nolan y llegar a vencerlo, porque conoce hasta dónde llega su capacidad y sabe cómo atacarlo. Pero no tendría ninguna posibilidad de sobrevivir si trata de enfrentarse a una perfecta organización. Sería tan vulnerable que destruirlo resultaría un juego de niños.

—¿Es usted uno de esos salvajes civilizados?

—Yo soy un hombre débil incapaz de empuñar un arma y luchar contra usted, Martínez. Pero desde luego que puedo hacerle mucho daño si me lo propongo. Claro que también puedo allanarle el futuro si se comporta como una persona sensata. ¿Me va usted comprendiendo?

—Me parece que sí, senador.

—Entonces se dará cuenta que colaborar es más beneficioso que luchar.

—No estoy muy seguro de eso, senador. Pienso que ustedes no van a dejarme salir vivo de aquí. Si se está quitando ante mí la máscara de respetabilidad es que está muy seguro de que mi boca quedará sellada para siempre.

—Bueno, hay muchas formas de sellar unos labios.

—Pero hay una que es más segura que todas las restantes. Conmigo utilizarán la más eficaz.

—Eso va a depender de usted, Martínez. ¿Qué decide?

—Mandarlo al diablo. Nunca negocio con tipos de su calaña. Y ahora ya puede ordenar a sus salvajes incivilizados que la emprendan conmigo.

Los ojos de Milton Irving fulguraron y sus facciones se crisparon levemente. Advirtió sin la menor alteración en el tono de voz:

—No se precipite, Martínez. Mi consejo es que lo piense un poco antes de tomar una decisión.

—Eso no cambiaría nada, senador. No pienso llegar a ningún tipo de acuerdo con ustedes.

Charles Irving se había mantenido en silencio hasta entonces, pero al escuchar las palabras de Martínez emitió un gruñido de contrariedad.

—Estamos perdiendo el tiempo tontamente, Milton. No vamos a conseguir nada con esta estúpida representación.

En las pupilas del senador Irving hubo un nuevo destello de cólera.

—Yo decidiré el momento en que cambiaremos de método, Charles. Por ahora seguiré a mi manera.

Los dos hermanos se enfrascaron en una breve discusión.

Martínez no les prestó demasiada atención. Hacía unos minutos que notaba los ojos de Helen clavados en él y desvió la mirada hacia la muchacha. Ella no apartó la vista y estuvieron mirándose fijamente largos segundos. Frunció el entre cejo intrigado. Estaba percibiendo un angustioso mensaje en aquella intensa mirada de Helen, pero fue incapaz de descifrarlo.

Sin embargo, no había duda de que Helen deseaba transmitirle algo.

No pudo seguir mirándola porque el senador se estaba

dirigiendo a él de nuevo.

—Con su obstinación comete un grave error, Martínez. Y en realidad es idiota que mantenga esa postura intransigente. Por la señorita Clayton estamos al corriente de su misión en Pico Alto. Creo que podemos hablar con claridad.

El federal se sintió súbitamente contento. En su mente se aclaraban muchas cosas que al principio le resultaron muy desagradables y que ahora adivinó como falsas y sin sentido.

El senador Irving había arriesgado mucho en aquella baza y acabó cometiendo un fallo. Eso suele ocurrirle a las personas que presumen de inteligentes. Porque si era cierto que Helen los había puesto al corriente, sobraba aquella representación.

Ahora sabía lo que Helen estuvo intentando transmitirle.

No obstante, decidió hacer una prueba. Y clavando en la muchacha una mirada llena de desprecio, masculló:

—Nunca debí confiar en una pécora como tú, nena.

Helen Clayton acusó el golpe de inmediato. Su rostro se puso intensamente rojo y sus labios se crisparon con fuerza. Durante unos instantes la tensión fue creciendo dentro de ella hasta que acabó desbordándose.

Con ojos llameantes se puso en pie de un salto.

—¡Yo no les he dicho nada, Cisco! —gritó, llena de furia—. ¡Soy una prisionera como tú!

En los labios de Martínez apareció una sonrisa.

Helen reaccionó entonces de forma imprevista y atacó al senador propinándole una tremenda bofetada que hizo oscilar la cabeza de éste. Luego siguió golpeándole ciegamente en la cabeza y en el pecho con furia inusitada.

Charles Irving acudió en ayuda de su hermano y trató de sujetar a la muchacha, pero ésta se debatía con fiereza y resultaba imposible reducirla.

Entonces sucedió algo que precipitó los acontecimientos.

El *sheriff* Terrier, habituado a imponer orden en las peleas, debido a su cargo, actuó de forma instintiva y se adelantó tratando de ayudar a sus jefes. Pasó junto a Cisco Martínez con el revólver en la diestra.

—¡Cuidado, Pat...!

El grito de aviso que lanzó Nolan a su compañero llegó

demasiado tarde.

Martínez ya había sujetado el brazo armado de Terrier y obligándolo a girar sobre sí mismo de un brusco tirón, le clavó un rodillazo en el bajo vientre. Terrier aulló de dolor doblándose hacia delante y Martínez lo aferró del cuello manteniéndolo erguido entre él y la metralleta de Nolan.

Helen continuaba gritando y peleando como una auténtica fierecilla con los hermanos Irving, que a duras penas conseguían dominarla.

Todo sucedía a vertiginosa velocidad. Eran unos instantes llenos de gran tensión.

Skett Nolan aullaba enloquecido y se movía de un lado a otro en busca de un hueco para apretar el gatillo.

Terrier seguía desmadejado en manos de Martínez, pero estaba recuperándose por momentos del rodillazo y no tardaría en percatarse de la situación. Entonces intentaría crearle problemas al agente, si éste no actuaba antes con rapidez y eficacia.

Y eso fue exactamente lo que hizo Martínez.

Con un veloz movimiento le arrebató el revólver a Terrier y dándole un violento empujón lo arrojó en dirección a Nolan, al mismo tiempo que saltaba a un lado.

Nolan trató de esquivar el cuerpo de su compañero y sin vacilar apretó el gatillo de su metralleta, arrojando un rosario de balas hacia Martínez.

CAPÍTULO XII

Cisco Martínez rodó por el suelo y resultó milagroso que no fuese alcanzado por los proyectiles. Los balazos destrozaron la moqueta en torno a su cuerpo. Sabía que no tenía escapatoria si la situación se prolongaba, y siguió rodando.

Pero su calvario acabó cuando Terrier fue a chocar violentamente contra las piernas de Skett Nolan y éste levantó involuntariamente el cañón de la metralleta, con el dedo todavía crispado sobre el gatillo.

—¡Maldito...!

Las consecuencias fueron catastróficas.

Y el senador Milton Irving fue, paradójicamente, el principal y único perjudicado en principio.

Dos balazos le destrozaron el rostro.

Uno de los proyectiles le atravesó limpiamente el cráneo penetrándole por la frente y el otro le pulverizó el mentón. Milton Irving saltó hacia atrás con la cabeza ensangrentada y ni siquiera llegó a darse cuenta de que atravesaba el umbral de la muerte.

Su cuerpo quedó despatarrado en el mismo sillón que había ocupado segundos antes, con la destrozada cabeza colgando a un lado y manando sangre a borbotones.

Su hermano Charles y Helen Clayton se quedaron paralizados, contemplando horrorizados el cadáver. Ellos habían resultado indemnes asombrosamente.

También Skett Nolan se quedó unos instantes inmóvil al percatarse de lo que había sucedido. Con mirada atónita contempló el cuerpo del senador.

Y pagó un alto precio por su descuido.

Porque Martínez, perfectamente entrenado para afrontar

situaciones como aquélla, reaccionó con rapidez y sincronizados movimientos. Dejó de rodar por el suelo y apoyando el codo en la moqueta levantó el revólver y empezó a disparar sobre Nolan.

Tres disparos consecutivos.

Y todos dieron en el blanco.

Skett Nolan aulló de pánico al darse cuenta de lo que iba a ocurrir, pero el primer balazo le atravesó la garganta y convirtió el alarido en un estremecedor gorgoteo. Su cuerpo salió catapultado hacia la pared del fondo y estaba todavía en el aire cuando recibió el segundo balazo en el vientre. Justo en el momento de chocar contra la pared y salpicarlo todo de sangre, se le clavó en el centro del pecho el tercer balazo.

Murió mientras resbalaba hacia el suelo. En su rostro quedó plasmada para siempre una mueca que era mezcla de terror y asombro.

La metralleta quedó junto a sus dobladas piernas.

Y hacia ella se arrojó Terrier en una desesperada reacción instintiva. Sus movimientos fueron torpes debido a la precipitación. Y aunque llegó a tener el arma en sus manos, cuando quiso girarse lanzando un aullido de feroz alegría, ya era demasiado tarde para conseguir algo positivo.

Cisco Martínez actuó como un verdugo implacable.

Cuando Terrier estaba revolviéndose le metió dos balazos en la cabeza con escalofriante puntería. El primero le introdujo parte de la oreja derecha dentro del cráneo y el segundo le destrozó la sien. Terrier ejecutó una breve danza macabra antes de desplomarse como un pesado fardo.

Mientras tanto, también Charles Irving había reaccionado. Desentendiéndose de Helen saltó a un lado para abrir un cajón y meter la mano en él. Dio varios manotazos frenéticos a papeles que había dentro del cajón, y acabó empuñando un reluciente revólver de calibre medio.

En el momento en que lo levantaba se dio cuenta de que Martínez se hallaba al otro lado de la mesa y le apuntaba a la cabeza.

—Es mejor que se esté quieto, Irving.

La voz de Martínez había sonado fría como el hielo.

Pero Charles Irving era presa de un pánico cervical y su reacción,

motivada por el propio estado de enajenación que lo dominaba, fue completamente imprevisible.

A pesar de que Martínez le estaba apuntando con su arma emitió un feroz rugido y levantó el plateado revólver oprimiendo el gatillo sin titubear.

Cisco Martínez saltó ágilmente a un lado y también disparó a su vez.

Ninguno de los dos resultó alcanzado.

La bala que brotó del revólver empuñado por Charles Irving pasó aullando a un par de palmos del cuerpo de Martínez. Pero del arma de éste no salió ningún plomo porque el percutor picó en una cápsula vacía.

El revólver de Terrier estaba descargado.

Durante escasos segundos la sorpresa inmovilizó a ambos hombres. Martínez se sintió irremisiblemente perdido. Y Charles Irving empezó a darse cuenta lentamente de lo que ocurría. Paulatinamente, le fue abandonando el nerviosismo y ya no tuvo ninguna prisa. Lanzó una fuerte risotada y sus pupilas llamearon mientras apuntaba con deliberada lentitud a su enemigo.

Martínez acechaba sus ojos y estaba presto a saltar en el mismo instante en que Irving oprimiera el gatillo.

Pero inesperadamente, intervino Helen.

La muchacha había asistido aterrorizada al enfrentamiento de ambos hombres y ahora, cuando Charles Irving estaba a punto de apretar el gatillo, saltó sobre él empujándole con fuerza.

Irving logró disparar, pero la bala se perdió lejos de su destino.

—¡Maldita perra...!

Helen luchaba como una auténtica fierecilla y trataba de alcanzar el rostro de Irving con sus uñas, pero éste consiguió apartarla de un brusco empujón contra la mesa recuperando el equilibrio.

Quiso volver a disparar y no lo consiguió.

Algo había estallado dentro de su cabeza.

De pronto tuvo la impresión de que la pesada mesa que tenía delante se levantaba del suelo a vertiginosa velocidad y chocaba de lleno contra su rostro.

Martínez le había golpeado la sien derecha con la descargada pistola. Mientras Irving se desplomaba como un fardo sobre la

mesa, empezaron a escucharse gritos y carreras en el piso inferior.

Martínez pensó que la planta de abajo sería un hervidero de hombres armados que no tardarían en lanzarse escaleras arriba en ayuda de sus jefes.

En realidad, resultaba extraño que no lo hubieran hecho ya.

Lo único que podía explicar aquella tardanza era la rapidez con que se habían desarrollado los hechos en la biblioteca. Tal vez el tiempo transcurrido desde que atacó a Terrier era menor de lo que pensaba Martínez.

El caso era que de pronto aparecerían en la puerta bastantes tipos armados y que disponía de muy poco tiempo para intentar hacerles frente de alguna manera.

Señalando a Helen una ancha estantería, ordenó:

—Métete en aquel rincón.

Sin preocuparse de comprobar que la muchacha lo obedecía, se dirigió a la puerta en tres zancadas y recogió del suelo la metralleta de Nolan, que estaba junto al cadáver de Terrier. Confió que aún tendría algunas balas en el cargador.

La gente de Irving comenzó a subir las escaleras. Era cuestión de segundos el que aparecieran en la puerta.

Martínez corrió hacia donde se había refugiado Helen y, al pasar junto a la mesa donde estaba Charles Irving, se apoderó del plateado revólver de éste. Con aquellas dos armas aún tenía mucho que opinar en aquel asunto, aunque el resultado final de la lucha no presagiaba nada bueno para ellos.

La estantería tras la que se había refugiado Helen parecía bastante sólida y en el ángulo que formaba con la pared cabían bien dos personas, si se apretaban un poco. Martínez se agachó junto a la chica protegiéndola con su cuerpo. Aunque no eran momentos para pensar en cosas raras, sintió una agradable sensación por el contacto del palpitante cuerpo de ella contra el suyo.

Con la mirada puesta en la entrada, aconsejó:

—Pégate a la pared y no te muevas.

—Tú no me dejas moverme, Cisco —dijo sonriente.

—Si crees que me estoy aprovechando de la situación... —bromeó, añadiendo—: Ahora es mejor que guardemos silencio.

Mientras hablaban, Martínez se había metido el revólver plateado en el cinturón y empuñaba la metralleta enfocando la

puerta. Ya había comprobado que quedaban algunas balas en el cargador.

Transcurrió más de un minuto sin que nadie apareciese. Martínez frunció el entrecejo extrañado. Ahora reinaba un absoluto silencio fuera de la biblioteca. No se oía ni el más leve ruido procedente de las escaleras.

Pero Martínez sabía que estaban al otro lado de la puerta, con las armas preparadas. Y que cuando menos lo esperase, aparecerían.

—¿Qué ocurre, Cisco? —susurró Helen.

—Parece que no tienen ninguna prisa.

—Pero están ahí, ¿no?

—De eso puedes estar segura, nena. Y no tardarán en aparecer a toda máquina por esa puerta.

Como si desearan corroborar sus palabras, varios individuos surgieron en el hueco de entrada de la biblioteca y se lanzaron en el interior con las armas prestas a ser utilizadas, aunque en principio no las emplearon por temor a herir a sus jefes.

Y cuando quisieron darse cuenta de lo que allí había pasado, ya fue tarde para ellos.

Martínez los estaba rociando de balas con la metralleta de Nolan, aplicándoles terapia en grupo. Y en un principio pareció que ésta era acogida con grandes muestras de júbilo por los asaltantes a la biblioteca, a juzgar por los saltos que comenzaron a dar.

El que venía en cabeza se tiró al suelo, y cualquiera hubiese dicho que se estaba revolcando de risa, a juzgar por sus aspavientos y pataleos. Pero esa primera impresión quedaba borrada por sus alaridos y por la sangre que brotaba a borbotones por los agujeros que tenía en el pecho.

Otro de los asaltantes le hizo una profunda reverencia a su compañero del suelo, como reconocimiento a sus grandes dotes interpretativas. Pero la realidad era que se le habían clavado dos plomos en el bajo vientre y se estaba muriendo a chorros.

Un tercero empezó a dar vueltas sobre sí mismo al recibir un balazo en el hombro, y estuvo girando hasta que se cansó. Luego salió de la estancia a toda velocidad, llevándose por delante al único de los asaltantes que había quedado ileso.

De cuatro sujetos que habían intentado entrar, dos se hallaban en el suelo agonizando.

Los restantes pistoleros del rancho prefirieron refugiarse en lugar seguro al otro lado de la puerta, y por el momento ninguno quiso intentar de nuevo el asalto.

El agente supo que tenía unos minutos de tranquilidad. Después de fracasar en el primer intento de irrumpir en la biblioteca, se lo pensarían dos veces antes de volver a probarlo. Afortunadamente para ellos, los pistoleros ignoraban que el cargador de la metralleta de Nolan estaba vacío y que sólo le quedaban cuatro balas en el plateado revólver de Charles Irving. Poca cosa para rechazar un nuevo ataque.

Helen vio que Cisco Martínez dejaba la metralleta en el suelo y sacaba el revólver del cinturón.

Quiso decir algo pero él la cortó con un significativo ademán y luego se tocó la oreja. Siguiendo sus indicaciones, aproximó Helen la boca y susurró:

—¿Vamos a morir, Cisco?

Martínez quedó en silencio unos segundos ante una pregunta tan directa. Luego la miró rectamente a los ojos y en tono muy quedo respondió:

—Entra dentro de lo posible.

—Entonces, quiero que sepas algo. Ahora mismo.

—¿De qué se trata?

—Quiero decirte que no he tenido la menor relación con esa gente. Me capturaron cuando intentaba salir de Pico Alto y me trajeron aquí. Luego me dijeron que debía fingir que estaba de parte de ellos, o te acribillarían a balazos en mi presencia. Yo quise...

Martínez levantó la mano libre interrumpiéndola. Habían mantenido el diálogo hablando en susurros apenas audibles. En el mismo tono, dijo él:

—No te preocupes por eso. Adiviné que había ocurrido algo así casi desde el principio. —Después de echar una rápida ojeada a la entrada de biblioteca, agregó—: Ahora es otra cosa la que debe preocuparnos.

Hubo un breve silencio y preguntó Helen:

—¿Tardarán mucho en volver a intentarlo?

—Eso depende de las ganas de morir que tengan. Creo que lo pensarán despacio, pero acabarán apareciendo en tromba por esa maldita puerta. Y sólo me quedan cuatro balas para hacer frente a

esa jauría de asesinos.

Martínez paseó la mirada por la estancia y una vez más sus ojos se posaron en el teléfono que había sobre la mesa central, junto al cadáver del senador. Allí podía estar la solución a todos los problemas, pero había que correr un gran peligro. Y él no podía estar en dos sitios a la vez. En caso de máxima emergencia debía hallarse bien centrado para sacarle el mayor partido a los cuatro proyectiles que le quedaban en el revólver.

De pronto tomó una decisión y aproximó la boca al oído de la muchacha.

—Nos queda una última baza por jugar, pero tendrías que correr un gran peligro.

—Haré lo que tú digas.

—Sólo arrastrarte hasta aquel teléfono y descolgarlo. No tienes que marcar ningún número porque todos los teléfonos de este rancho están intervenidos. Sólo debes pegártelo a la boca para decir: «Rojo dos, adelante». El resto no dependerá de nosotros.

—Entendido. Dime cuándo debo ir.

—Espera —dijo haciéndose a un lado para que ella pasa se—. Yo te cubriré desde aquí, pero a la menor señal de peligro te pegas al suelo y no levantes la cabeza ocurra lo que ocurra, ¿entendido? No hagas ruido, no tropieces con nada y recuerda que sólo debes descolgar el auricular y decir: «Rojo dos, adelante». No demasiado alto, pero lo suficiente para que puedan oírte.

—Así lo haré, descuida.

—Helen...

—Dime.

—Ya sé que no es momento para decirlo, pero creo que me estoy enamorando como un tonto de ti.

Ella lo miró a los ojos y le sonrió levemente. Sin embargo, antes de que pudiese decir algo, Martínez levantó el plateado revólver y apuntando firmemente a la puerta de entrada, musitó:

—Adelante.

Helen comenzó a moverse sigilosamente en dirección al teléfono. La sangre golpeaba violentamente sus sienes mientras avanzaba.

Cisco Martínez se mantenía en tensión, atento a la menor señal de peligro. Su mirada no se apartaba del hueco de entrada, aunque

de soslayo observaba el avance cauteloso de la muchacha.

Ella ya estaba a un par de metros del teléfono.

Hacía unos segundos que al otro lado de la puerta empezaron a escucharse susurros apagados, rumores de los que no conseguía entender ni una sola palabra.

Pero intuía de qué estaban hablando aquellos asesinos.

Y apuntó con la máxima atención a la puerta.

Justo en el momento en que empezó a desencadenarse la tormenta de fuego y plomo que había estado esperando y temiendo.

Algunos individuos irrumpieron en la biblioteca disparando hacia todas partes.

CAPÍTULO XIII

—¡Tírate al suelo!

En vez de obedecer la imperativa orden de Martínez tirándose al suelo de inmediato, Helen saltó hacia el teléfono y descolgándolo de un manotazo se acercó el auricular a la boca mientras se dejaba caer tras la mesa gritando:

—¡Rojo dos adelante!

Los estampidos ya atronaban la habitación y Helen dudó mucho que alguien en alguna parte hubiese escuchado sus palabras. Por eso las volvió a repetir en tono más alto mientras escuchaba muy cerca de su cuerpo el silbido de las balas. Luego se desentendió del teléfono y obedeciendo las instrucciones de Cisco se pegó al suelo permaneciendo inmóvil.

Los pistoleros habían irrumpido en la biblioteca disparando en todas direcciones, pero como en la vez anterior, con nula eficacia ya que lo hacían con precipitación y desconociendo el escondite de su enemigo.

Martínez por su parte actuó con extraordinaria sangre fría. Apuntó unos instantes al que venía en cabeza y apretó el gatillo una sola vez.

El fulano se frenó en seco como si hubiese chocado contra una invisible pared y, después de quedarse inmóvil unos segundos, cayó fulminado con un balazo en la frente.

Sus compañeros vislumbraron la posición de Martínez y comenzaron a disparar sobre él.

Lo obligaron a pegarse al mueble que le servía de parapeto mientras los proyectiles se clavaban en la madera arrancando astillas que volaban por los aires.

Cisco Martínez sabía que su supervivencia y la de Helen

dependía de cómo actuase él en los próximos segundos. Que darse quieto tras el mueble demasiado tiempo y dejar la iniciativa a los tipos aquellos sería una temeridad que pagarían muy cara.

Y pasó al ataque sin pensarlo más. Se asomó lo imprescindible para disparar dos veces consecutivas sobre los pistoleros.

Uno de aquellos individuos se había aproximado peligrosamente al refugio de Martínez, y fue alcanzado de lleno por el primer disparo de éste. Recibió el balazo en el pecho y saltó hacia atrás estrellándose en el otro extremo del mueble.

El segundo disparo tampoco se perdió. Otro pistolero lo recibió en el hombro y giró sobre sí mismo cayendo luego de rodillas. Dejó caer el arma que empuñaba y aulló de dolor sujetándose el brazo herido mientras se arrastraba hacia la salida desentendiéndose de la pelea.

A Martínez sólo le quedaba una bala. Pero sus dos últimos disparos habían tenido unas consecuencias sorprendentemente favorables. Sobre todo por su tremenda eficacia. Los atacantes que se encontraban dentro de la biblioteca no se atrevieron a continuar la lucha a pecho descubierto y busca ron refugio tras lo muebles en el otro extremo de la estancia.

Y los que se hallaban en el pasillo exterior contuvieron sus impulsos de entrar, dejando la resolución del asunto en manos de tres compañeros que quedaban dentro.

Una sola bala y tres enemigos dispuestos a liquidarlo. Un balance completamente desfavorable para Martínez, que tenía que intentarlo todo.

Y aprovechando que las armas habían enmudecido momentáneamente, intentó el diálogo:

—¡Eh, muchachos!

—¿Qué diablos pasa contigo?

—Vuestros jefes están muertos y muy pronto estarán aquí los federales. Toda resistencia es inútil.

—Pero tú no vas a poder contarlo.

—¿Y qué os puede importar eso a vosotros? Lo mejor es que dejéis las armas y se os tendrá en cuenta, chicos. No seáis imbéciles.

Hubo un corto silencio y luego habló otro de los tres tipos que se emboscaban en la biblioteca.

—De acuerdo con lo que propones siempre que seas tú el

primero en dejar el revólver.

Cisco Martínez pensaba febrilmente en la forma de ganar un tiempo que a la postre le iba a resultar precioso. Los miembros de su grupo y los federales ya estarían en camino, aunque todavía era muy pronto para que llegasen al rancho.

—No acepto condiciones. Y vuestro ataque sería inútil. Nada podéis llevar adelante sin jefes.

Procedente del pasillo se escuchó un grito de rabia.

—¡Acabad con él de una vez, maldita sea!

Y el mismo tipo que conminaba a los otros tres a actuar apareció súbitamente en el hueco de entrada disparando enloquecidamente en dirección al escondite de Martínez.

Cisco utilizó su última bala en tumbarlo.

El tipo recibió el plomo en el rostro, y con el mentón convertido en pulpa sanguinolenta arañó el aire con ambas manos antes de caer en redondo al suelo, donde todavía perneó varias veces.

Aquello fue la espoleta que hizo estallar de nuevo la lucha.

Las balas comenzaron a llover sobre Cisco Martínez que no pudo hacer otra cosa que apretarse contra el mueble resguardándose todo lo que le era posible, sin poder responder esta vez al fuego endiablado de sus enemigos.

La situación era insostenible.

Los tres pistoleros no se atrevían a abandonar sus escondites y atacar abiertamente a Martínez por temor a la demostrada puntería de éste.

De repente comenzaron a escucharse disparos fuera del edificio del rancho. Cortas ráfagas de armas automáticas entremezcladas con disparos de revólveres y rifles.

Indudable mente se estaba librando una batalla en torno al rancho.

Martínez pensó con sarcasmo en que sus amigos llegaban con cierto retraso a la cita. Dirigió una mirada a Helen y observó que la muchacha seguía pegada al suelo tal como él le indicó. Por lo menos ella conseguiría salir viva de allí.

Pero él... No pudo seguir pensando.

Los tres tipos abandonaron sus escondites y se lanzaron abiertamente al ataque impulsados por los acontecimientos. No querían dejar atrás un enemigo si tenían que echar una mano a sus

compañeros de abajo.

Cisco Martínez sintió un golpe en el pecho.

Supo que una bala lo había alcanzado, y antes de poder pensar en nada nuevas balas mordieron su cuerpo.

Una nube de sangre comenzó a enturbiar su visión.

Lo último que vio fue el rostro de Helen. Los bellos ojos de la muchacha estaban desmesuradamente abiertos y fijos en él. Parecía algo irreal.

Empezó a hundirse en un pozo de tinieblas y cayó a un abismo sin fin. La boca se le llenó de sangre y sus sentidos se embotaron hasta quedar flotando en la nada. Aquello era el final.

CAPÍTULO XIV

La primera sensación de vida que tuvo Martínez se vio envuelta en una tremenda incoherencia de imágenes y borrosos recuerdos. Perdidas por completo las nociones de tiempo y espacio, era un ente errante por el infinito. Todo regido por una extraña pesadilla sin pie ni cabeza.

A intervalos aparecían en su mente los rostros de Helen, de Vera Lozano y hasta el maldito Terrier gastándole la macabra broma del revólver con un cilindro vacío. Pero todo aparecía borroso, con una bruma extraña que le impedía ver con claridad los hechos que desfilaban a velocidad de vértigo. Ni siquiera sabía si estaba vivo.

Todo era incoherencia y caos.

El primer recuerdo coherente se refería al agradable rostro de una muchacha vestida de blanco que le preguntaba:

—¿Cómo se encuentra hoy, señor Martínez?

Su deseo hubiese sido responder, pero le faltaban fuerzas para mover los labios. Y si ella le preguntaba que cómo se encontraba hoy, quería decir que llevaba varios días en aquella cama, donde su cuerpo tenía conectados infinidad de cables y tubitos. Y si aquello era cierto, que lo era, significaba que se hallaba en grave estado de salud. Que su vida pendía de un hilo.

Lo que Cisco Martínez ignoró en principio fue que estuvo inconsciente varios días más. Cuando abrió los ojos y empezó a tener conciencia real de que existía, se encontró en la impecable habitación de un hospital y con una sonriente enfermera a su lado.

—¿Qué se siente al regresar al mundo de los vivos, señor Martínez?

—Hambre canina. Por lo menos llevo veinticuatro horas sin probar bocado.

—¿Veinticuatro horas dice? Lleva con nosotros ocho días, señor Martínez.

—Razón de más para que me den de comer.

—Ahora vendrá el doctor a hacerle una revisión y si él lo autoriza entrarán dos señores a verlo, señor Martínez. Todos los días pasan a interesarse por su salud.

—¿Y qué me dice de la comida?

—Después, señor Martínez.

A pesar de que él se sentía flacucho y sin fuerzas ni para incorporarse en la cama, el doctor debió encontrarlo en buen estado, puesto que autorizó a los dos que esperaban.

Uno era su jefe de grupo, Robert Pomoroy, y el otro el inspector Donald Clayton, el tío de Helen. El todopoderoso Pomoroy se aproximó al lecho poniendo en Martínez sus ojos de perro pachón.

—¿Cómo va eso, Cisco?

—Ya lo ve, jefe, ganduleando.

—Has tenido mucha suerte, Cisco.

—Sí, la suerte de un jorobado. ¿Qué le parece que estoy haciendo en esta maldita cama? —Recuperándote de tus graves heridas, lo sé. Has estado cinco días en cuidados intensivos y llevas tres en esta habitación. Tienes el pecho hecho un colador, pero vas a contarlo. El doctor dice que estás fuera de peligro y que todavía puedes dar mucha guerra por esos mundos de Dios—. Pomoroy hizo una pausa y sonrió cambiando una mirada con Donald Clayton. —Sobre todo a una señorita que espera anhelante ahí fuera. En los ojos de Martínez se encendió un destello de luz y cambió la vista a Clayton.

—¿Helen...?

—Está ansiosa por entrar a verlo, Martínez. En estos ocho días apenas ha salido del hospital.

—¿Y por qué han entrado ustedes antes que ella, concho?

—Calma, Cisco —pidió Pomoroy—. Tendrás mucho tiempo para estar con ella, y nosotros tenemos trabajo atrasado. Helen nos ha puesto al corriente de todo lo ocurrido en Pico Alto y sólo faltan algunos detalles que ya nos contarás tú más adelante. La suerte vuestra fue que teníamos ya cercado el rancho, y pudimos aproximarnos al oír los primeros disparos. En cuanto recibimos la contraseña, que por poco deja sordo al escucha, caímos sobre ellos.

Y por eso no pudieron rematarte, aunque la verdad es que faltó muy poco.

—Que me lo digan a mí.

—Allí hiciste una carnicería, Cisco —subrayó Pomoroy.

—Era mi vida o la de ellos, ¿no? Además; sobraba la comedia para averiguar la culpabilidad o inocencia del senador antes de hacer la redada. El muy zorro estaba metido hasta el cuello en el cochino asunto y debimos hacer tabla rasa en vez de meterme a mí en la ratonera.

—Teníamos órdenes concretas al respecto de Washington. Nada de actuar con precipitación hasta estar seguros de la culpabilidad de Milton Irving. Tratándose de un senador de Estados Unidos no se podía dar un paso en falso. Teníamos todas las pruebas necesarias para detener a esa gente, pero debíamos estar muy seguros respecto al senador.

—Que resultó ser un canallita más.

—¿De qué estás hablando, Cisco? —preguntó con asombro que parecía real, Robert Pomoroy—. El honorable senador Milton Irving y su hermano Charles fueron víctimas de la codicia de los hombres del rancho encabezados por el capataz Skett Nolan y con la colaboración del *sheriff* Terrier y sus ayudantes.

—Entiendo. Y yo soy un cabrito sediento de lechecita.

—Lo que acabo de decir es la escueta verdad. Cisco.

—Eh, jefe, que yo estuve allí, concho.

Pomoroy chasqueó la lengua, contrariado.

—No está bien que pienses mal de dos respetables ciudadanos que han dado su vida por el bien del pueblo, Cisco. Los periódicos de todo el país han publicado la historia. Escucha lo que voy a decirte y que se te quede bien grabado en la mente para siempre.

Hizo una corta pausa y añadió en tono más calmado:

—Skett Nolan y el *sheriff* Terrier montaron una organización al amparo del rancho Irving, y durante bastante tiempo traficaron con drogas y cometieron otros delitos, usando como tapadera las actividades propias del rancho, sin que Charles Irving llegase a sospecharlo hasta hace unos días en que lo descubrió debido a una indiscreción de esos canallas. Coincidiendo con la visita de su hermano, el senador Milton Irving, quiso ponerlo en conocimiento de la justicia y casi llegó a conseguirlo, pero fue descubierto por esa

gentuza que acabó con la vida de los hermanos Irving y algunos hombres del rancho que les eran leales. Cuando nosotros llegamos al rancho ya era demasiado tarde. Los delincuentes se hicieron fuerte en el edificio del rancho y no tuvimos otra alternativa que acabar con ellos. Por desgracia no hubo supervivientes. Ésa es la historia que han publicado todos los periódicos del país. La versión oficial.

Cisco Martínez guardó silencio unos segundos cuando Pomoroy acabó de hablar y luego replicó:

—Esa historia no se la traga nadie, jefe. El pueblo no es tonto y huele las cosas sucias.

—No seas ingenuo. Cisco. Esa historia ya se la ha tragado todo el mundo. El pueblo se traga todo lo que se le cuente a condición de que esté bien contado y sea verosímil. Nada hay más sencillo que engañar al pueblo. En Washington han estimado oportuno que no se manche la memoria del senador, puesto que ha muerto. Un senador de Estados Unidos debe ser una persona intachable y la opinión pública cuenta mucho.

—Desde luego ha sido una suerte para ustedes que no hubiera supervivientes. Pero aun así opino que algunas personas saben lo ocurrido.

—Un círculo muy pequeño y todos han jurado tener los labios sellados. Helen Clayton, Vera Lozano... y tú mismo deberás hacer el mismo juramento. Cisco.

—Ya —murmuró el herido. Y empezó a reír bajito—. Recuerdo ahora unas palabras que escuché de labios del senador Irving precisamente. Ahora resulta que en todos los bandos existen los salvajes civilizados.

—¿De qué infiernos estás hablando?

—Yo me entiendo y bailo solo, jefe. ¿Serán tan amables de abrir la ventana cuando salgan? No es nada personal, jefe, pero me gustaría quedarme a solas un rato.

* * *

Helen llevaba varios minutos en la habitación y apenas habían intercambiado unas cuantas palabras. Por mutuo impulso se prendieron las manos y se miraron profundamente a los ojos, en un intenso diálogo cargado de emoción donde sobraban las palabras,

donde bastaba la mirada para expresar plenamente cuanto sentían. Así es cuando existe una perfecta unión entre dos personas que se aman, que cada uno de ellos vive y muere en la mirada del otro.

El tiempo se detuvo largo rato en aquel éxtasis.

Finalmente, Cisco Martínez salió de la abstracción en la que se hallaba inmerso y palmeó suavemente una mano de Helen, que se abandonaba entre las suyas.

—No me gustan las huellas que hay en tu rostro, muchacha. Has pasado muchas noches sin dormir y eso no es bueno.

—Es que me gustan las juergas y duermo poco —bromeó entre las lágrimas que enturbiaban sus ojos.

—Te he causado muchos sufrimientos.

—Eso no importa ahora. Cisco. Lo importante es que todo ha pasado y que estás fuera de peligro.

—Pero ha sido muy duro para ti.

—Los primeros días fueron terribles. Los médicos temían que sucediera lo peor en cualquier momento.

—Espero disponer de toda una vida para compensarte sobradamente cada instante de sufrimiento, muchacha.

—¿Debo interpretar que esas palabras son una declaración?

—¿Tan torpe soy? —rió a su vez Martínez—. Yo pensaba que te había dicho muchas cosas con los ojos.

—¿Y qué has leído tú en los míos?

—Amor eterno.

—Estás muy seguro de eso, fanfarrón.

—Es que me sé irresistible.

—Me han dicho algo de eso. A propósito; Vera me ha dado muchos recuerdos para ti. Dice que eres un chico estupendo y que te cuide muy bien.

—Verás... —murmuró, visiblemente turbado—. Hay algo que debo decirte respecto a Vera. Ella...

Helen puso una mano en sus labios.

—No quiero saber nada. Vera es una buena amiga mía y seguirá siéndolo siempre. Además, nuestras vidas parten en estos momentos del kilómetro cero. Sólo cuenta lo que suceda en adelante, y yo me encargaré de eso. Tú solo tienes que colaborar.

Cisco Martínez rió abiertamente.

—¿Y a qué esperamos para empezar a colaborar?

—El doctor dice que todavía estás muy débil.

—El doctor no tiene ni idea del fuego que arde dentro de mí.

Helen se alzó y lo besó suavemente en los labios.

Luego, por imperiosa solicitud de Cisco, el beso se prolongó mucho más. Y los dos pudieron notar que el otro colaboraba intensamente.

FIN

Seudónimo con el que escribe el autor Juan Mora Gutiérrez.